

APÉNDICE. GRANDES EPIDEMIAS DE LA HISTORIA

1. Fiebre amarilla en Cádiz y Barcelona a principios del siglo XIX

Ya se ha comentado en las páginas dedicadas a la cronología de las epidemias de fiebre amarilla, que las dos infestaciones producidas en España, en Cádiz (1800) y Barcelona (1821), fueron las peores de todas, junto a la de 1804 que ya se ha explicado anteriormente. Afectaron a numerosas poblaciones limítrofes, sobre todo en el primer caso, y causaron la muerte a miles de personas. La mayoría de médicos desconocían el origen de la enfermedad y se negaban a aceptar que era el vómito negro, el causante de gran mortandad en todas las islas caribeñas y golfo de México.

Cádiz, 1800

Los primeros casos de la enfermedad se produjeron a principios del mes de agosto, y nada hacía presagiar que se acercaba una epidemia tan grave, ni las altas temperaturas propias de la época. El doctor Joaquín de Villalba explicaba que *“los calores extremados viniéron de repente con el mes de Junio, el termómetro de Fahrenheit subió casi á los noventa grados en Agosto (32°C), y el este ó levante no tardó á presentarse con su sequedad ardiente, aumentando la intensidad del calor que á todos abrasaba. Sin embargo de esta atmósfera de fuego, no se notó particular novedad en la salud del pueblo en los meses de Junio y Julio.*

Pero varió la escena del todo a principios de Agosto. Dexáronse ver ciertas especies de fiebres, que por la rapidez de su terminacion y la violenta intensidad y anomalía de sus síntomas fixáron la atención de los facultativos. El barrio de Santa María, ménos ventilado y limpio por la estrechez de sus calles, y miseria de sus vecinos, gente de mar y menestrales, fue el hogar donde se manifestó el incendio que muy en breve habia de devorar una gran parte de Andalucía”.

En Cádiz murió una sexta parte de la población en el espacio de tres meses. Como bien relataba el doctor Aréjula¹, historiador fundamental de esta epidemia, la importación de la enfermedad fue atribuida al barco *Dolphin*, terminado de construir en Baltimore y cuyo primer viaje lo realizó a La Habana con el fin de venderse en este puerto, donde se mantuvo algunos meses con dos o tres hombres que lo custodiaban.

El 27 de mayo, al mando de William Jaskel, se dirigió a Charleston (Carolina del Sur) para seguir con bandera americana y que la respetasen los ingleses, que estaban en guerra con España.

¹ Juan Manuel de Aréjula y Pruzet (1755-1830) nació en Lucena (Córdoba). Su madre era francesa y su padre cirujano del Regimiento de Dragones. Tras estudiar cirugía, sirvió en diversas fragatas de la marina española y en 1784 fue destinado a París para estudiar junto al gran científico francés Antoine-François de Fourcroy y adaptar la nueva química de Antoine de Lavoisier, que introdujo posteriormente en España una vez fue asignado a la cátedra de Química del Colegio de Cirugía de Cádiz.

Durante los primeros años del siglo XIX recorrió buena parte de Andalucía observando las particularidades de la epidemia de fiebre amarilla, y en 1801 fue uno de los promotores de la campaña de vacunación contra la viruela en Cádiz, siendo nombrado por el rey Carlos IV médico de su Real Cámara (1804). Fue autor de una obra muy celebrada, *Breve descripción de la fiebre amarilla padecida en Cadiz y pueblos comarcanos en 1800, en Medinasidonia en 1801, en Malaga en 1803, y en esta misma plaza y varias otras del Reyno en 1804*, publicada en Madrid en el año 1806.

Durante el periodo absolutista posterior a la invasión napoleónica, Aréjula, de ideas progresistas, desarrolló una gran actividad política de oposición al régimen y exigió el retorno de las leyes aprobadas en 1812. La vuelta al poder del absolutismo con Fernando VII, en 1823, lo obligó a exiliarse a Londres, donde murió pocos años después.

La tripulación del *Dolphin* estaba compuesta por un piloto y seis o siete marineros, y además llevaba quince pasajeros y también a Don Josef Pablo Valiente, Ministro togado del Supremo Consejo de Indias, que regresaba a España junto a cinco criados. El barco salió de Charleston el 11 de junio y llegó a Cádiz el 6 de julio.

Cuando la nave arribó a puerto, el capitán informó que tres marineros habían muerto de fiebre amarilla durante el trayecto atlántico, y la nave quedó en observación, considerando la Junta de Sanidad que todos los que venían en la corbeta debían “*quedar a bordo sin comunicacion y vigilados con guardia á la vista dentro y fuera de la misma, vistándolos diariamente, para asegurarse de la salud de los que residian en el buque*”. El 15 de julio, tras diez días de aislamiento y con la tripulación en perfecto estado de salud, fue permitido el desembarque de todo el pasaje y la mercancía.

También hubo otras dos naves implicadas en la infestación de Cádiz: el *Águila*, que salió de La Habana el 28 de mayo y se dirigía a Sanlúcar de Barrameda, muy cerca de Cádiz. Allí, la tripulación escapó tan buen punto arribó a puerto, algo muy frecuente en las embarcaciones mercantes que volvían de América. Hubo que contratar nuevos marineros y el barco se dirigió a Cádiz, donde llegó el 30 de junio, seis días antes que el *Dolphin*.

El otro barco implicado, el *Júpiter*, había salido de Veracruz el 4 de febrero y llegó a Cádiz el 28 de marzo. Unos días antes de la partida del puerto mexicano, enfermó el segundo Piloto, “*quien al tercer dia de enfermedad empezó á delirar; luego á vomitar negro como café revuelto, y murió con grandísima inquietud á los cinco dias de padecer*”. Entonces, uno tras otro enfermaron la tripulación y los pasajeros. La situación llegó a ser tan desesperada que se plantearon regresar a La Habana. Pero en el instante de la decisión “*encontrándose mejorado uno ó dos individuos, resolvieron continuar su viage, y se restablecieron todos luego que pasáron el canal de Bahama, y salieron al golfo de las Yeguas, ó á temperatura mucho mas fría*”.

Hay que añadir que otros muchos barcos provenientes de América llegaban de forma continuada a Cádiz. Y como recordaba el Dr. J.M. Eager en su obra *The early history of quarantine*², “*el Rey español, por expresa Real orden de 1º de Febrero de 1800, mandaba terminantemente no se les hiciese hacer cuarentena á los buques que viniesen del norte de las Américas que fuéran Ingleses, ó de las Provincias Unidas, e incluso los vigilantes de sanidad fueron relevados de sus funciones*”. La idea era favorecer el tráfico comercial y que éste fuera lo más fluido posible.

Los primeros casos de fiebre amarilla afectaron a dos guardas de sanidad que habían subido a bordo del *Dolphin*. Uno murió, el otro se repuso, y la enfermedad se extendió por el barrio de Santa María, habitado por marineros y empleados de comercio que diariamente salían a realizar sus tareas, y quedaron infectados junto a sus familias.

Las muertes se sucedían sin interrupción, y las autoridades estaban tan alarmadas, que a mediados de agosto reunieron a los médicos de la ciudad para deliberar las medidas que debían tomarse. Pero no se pusieron de acuerdo, pues cada uno opinaba de modo diferente, incluso dando nombres distintos a la infección, como “*synochal, putrida, biliosa, y aun efímera*”. El doctor de Villalba informaba que al principio pensaron que se trataba de una “*enfermedad gástrica biliosa maligna, no contagiosa, y los que la consideraban estacional, simplemente epidémica, alejando toda idea de contagio, hablaban de los efectos del calor, de la sequedad, de las exhalaciones del mar, de las cloacas, de las mareas baxas, de las alteraciones de la bilis, etc.*”.

² La historia de las cuarentenas en su inicio (1903).

La realidad era que existía gran desconocimiento sobre la enfermedad, y por tanto, una gran confusión: *“hubo entre ellos consultas tumultuosas, sin orden, sin método, y sin el maduro exámen que asegura el acierto”*, lo cual es justificado por el doctor de Villalba, cuando razona las diferencias entre pestilencia contagiosa y epidémica: *“es verdad que la fiebre no se clasificó adecuadamente en el principio; pero también es cierto que sus síntomas característicos no ofrecían justo motivo para ponerla en la clase de las pestilenciales: excluido, pues, este género temible, solo quedaba que determinar, si era epidémica ó contagiosa, ó uno y otro á un tiempo; puesto que está comprobado experimentalmente, que las fiebres pútridas y malignas, quando reynan epidémicamente, se hacen al fin contagiosas.*

La decisión, pues, de este punto ha ofrecido obstáculos insuperables en los principios de constituciones semejantes, porque hay entre lo contagioso y lo epidémico ciertas relaciones de identidad, que hacen que se confundan fácilmente: el carácter de ambos es de atacar muchas personas á un mismo tiempo, y en ambos hay un miasma venenoso, que, aplicado al cuerpo, produce siempre efectos análogos ó semejantes; esta aplicacion se hace, por lo ordinario, con el auxilio de un medio comun á ambos qual es la atmósfera que se respira, la que siendo indispensable para la vida, se infiere la facilidad con que todos los habitantes de un pueblo pueden contraer la misma especie de calentura, ya sea epidémica, ya contagiosa; pues todos es preciso que vivan á expensas del ayre.

La única diferencia que existe entre lo epidémico y lo contagioso, consiste en que el ayre se halla alterado en la epidemia, y puede no estarlo en el contagio: en aquella son rápidos los progresos del mal; en éste son mas lentos al principio; esto es, mientras el miasma se comunica solamente por medio del contacto de los cuerpos enfermos, sus ropas, &c. con los sanos; pues al instante que el miasma contagioso ocupa y vicia la atmósfera, ya es la infección tan rápida y general como en la epidemia”. En aquel momento, los estudios y conocimientos epidemiológicos estaban en una fase muy inicial. Como se ha visto anteriormente, sería necesario esperar hasta mediados y sobre todo finales del siglo XIX para que los avances en el conocimiento de esta enfermedad fueran realmente significativos.

Y mientras se sucedían estas controversias sobre el diagnóstico de la “misteriosa fiebre”, morían diariamente en Cádiz entre 20-30 personas. El día 20 de agosto, la epidemia afectaba todo el barrio de Santa María, y un tal Villalta, el hombre que fue acusado de permitir “ignominiosamente” la comunicación entre el *Dolphin* y algunos habitantes de Cádiz, cayó enfermo. Rechazó la asistencia médica y murió sufriendo una gran agonía.

Según escribió el doctor Ozanam *“la enfermedad se iniciaba con escalofríos, pesadez de cabeza, más sensible en las sienas y en las regiones orbitales; dolores en los muslos y los huesos; el pulso acelerado, un calor abrasador, vómitos biliosos, amarillos o verdes, igual que las deposiciones, muy fétidas; la lengua sucia con rayas longitudinales, algunas veces seca, amarronada y áspera; postración de fuerzas, y, en la mayoría de enfermos, dolores en el orificio del estómago. Hacia el tercer día, los síntomas desaparecían y la fiebre cesaba, pero enseguida surgían los síntomas mortales. La enfermedad se agravaba a partir del cuarto o quinto día, y desde entonces aparecían sobresaltos en los tendones, delirio, hipo, movimientos convulsivos, hemorragias nasales, vómitos de sangre negra, de color café y deposiciones de la misma naturaleza, aspecto amarillento y petequias, convulsiones y letargo que terminaban con la vida. En fin, el vómito negro, parecido al que se observa en Veracruz y Honduras.*

La abertura de muchos cadáveres permitió ver los depósitos biliosos en el hígado, la vesícula de la hiel llena y distendida y sus conductos obstruidos. En algunos casos, gangrena en los intestinos, y en otros, flogosis o inflamación erisipelatosa de las vísceras; en un gran número, las vísceras abdominales lívidas y erosiones en la membrana interna del estómago.

Los remedios que funcionaban mejor eran los acídulos azucarados, asociados a los tónicos: el vino y la tintura de quinina, la oximiél, los tamarindos, la crema de tártaro, lavativas de agua marina, sinapismos volantes (cataplasmas hechas con polvo de mostaza) en caso de delirio. Entre el cuarto y el quinto día se permitía a los enfermos la ingestión de frutos cocidos y sopas ligeras; la cerveza aceleraba ordinariamente el restablecimiento. La libre circulación del aire, el aislamiento y una gran limpieza disminuían el peligro de la enfermedad. Los más ligeros eméticos y purgativos provocaban a menudo vómitos mortales, mientras que en la afección benigna, y administrados con prudencia, suavizaban la enfermedad y acortaban el proceso de recuperación”.

El doctor de Villalaba añadía que *“la idea de los preservativos se extendió con tal imperio, que no se veía una sola persona que no llevase á lo ménos el pañuelo mojado con el vinagre de los quatro ladrones: otros llevaban ajos en la boca, en el seno y en los bolsillos, y muchos se cargáron de amuletos aromáticos y cordiales, cuyo abuso suscitó por este medio el desorden del sistema nervioso; desentono que tal vez llegó á ser una causa predisponente para recibir la enfermedad”.*

La alarma era muy grande entre la población, que comprobaba con terror que aquellas muertes no se debían a las enfermedades endémicas que se daban anualmente en la ciudad. El día 23 de agosto una multitud de vecinos del barrio de Santa María suplicaron a los responsables de la municipalidad que se permitiera realizar una procesión por las calles de la ciudad, *“confiados que sus fervorosas y sencillas súplicas moverían á nuestro Señor de Santa María, que todo lo puede, y haría cesar el azote que nos afligía”.* Aunque el Magistrado se resistió a esta súplica, porque preveía las consecuencias del acto, *“capaz de reunir el contagio en lugar de disminuirlo”*, les concedió el permiso para sacar a la calle la imagen de *Nuestro Padre Jesús*, y una gran multitud de gente de toda la ciudad acudió a la procesión, que duró siete horas.

Los municipales se dieron cuenta tarde de su error, y a los pocos días la epidemia ya se había extendido por otros barrios, como el de Cuna, Ave María y San Antonio. Sólo en el día 27 de agosto se produjeron 157 muertes. El pánico fue indescriptible y cerca de 14.000 personas huyeron de la ciudad, aunque tuvieron dificultades para ser acogidos en otras plazas. De Villalba escribía que *“huyó mucha gente de esta población, pero los pueblos vecinos habían ya tomado la providencia de cortar su comunicacion con Cádiz: el populacho de Xerez recibía á pedradas algunos fugitivos, y el Gobierno de algunos otros pueblos no quería recibirlos de ningun modo, ó les concedía solamente una hospitalidad mezquina y pasagera”.*

Se ordenó enterrar a los muertos fuera de la ciudad y se prohibió el toque de campanas con el fin de tranquilizar a la población. A mediados de septiembre se producían alrededor de 200 muertes diarias (239 el día 12; 216 el día 13; 214 el día 14; 276 el día 15; 197 el día 16; 196 el día 17 y 243 el día 18), *“y el número de enfermos ó convalecientes se contaba por el de sus habitantes”.* Las calles estaban desiertas, las tiendas, comercios y lugares públicos permanecían cerrados y *“en esta época la corrupción del ayre era igual en las calles y plazas á la que se respiraba en los grandes hospitales”.*

Tanta mortandad motivó una consulta a los médicos de Gibraltar, los cuales contestaron que la enfermedad “*es de naturaleza contagiosa, biliosa y remitente parecida a la fiebre amarilla de Filadelfia*”, y adjuntaron el tratado del doctor Rush para que conocieran las características de la enfermedad.

En aquel momento, Gran Bretaña y Francia estaban en guerra, y España se había aliado con los franceses, de manera que los ingleses mandaron una gran flota para bloquear los puertos españoles. El día 4 de octubre, la tropa británica al mando del almirante George Keith Elphinstone, primer vizconde de Keith, apareció frente a Cádiz, “*con veinte y cinco navíos, veinte y tres fragatas, quatro corbetas, dos bergantines, tres lanchas de fuerza, un queche bombardero, con ochenta y seis embarcaciones, y dos bergantines de transporte, y veinte y seis mil hombres de desembarco*”.

Esto produjo un extraordinario efecto entre la población gaditana: el miedo a un ataque provocó en esta gente una reacción valerosa para defenderse y rechazar la fuerza invasora, de manera que salieron de sus casas y se pusieron a disposición de los mandos militares. Pero no llegó a producirse ningún enfrentamiento, pues “*en Parlamento del día 5 hizo saber nuestro Gobernador al comandante ingles la triste situación en que se hallaba el pueblo, poniéndole delante de los ojos el sagrado derecho de la naturaleza y de las gentes. Responde con arrogancia el inglés, hace proposiciones quiméricas, interpreta siniestramente las insinuaciones del jefe español, y quiere cifrar su victoria en la despoblacion que causaba la fiebre epidémica; pero cobarde al mismo tiempo, y tal vez cerciorado de la resistencia que se opondria de nuestra parte, desiste de su empresa, y avergonzado de ver frustrados sus proyectos, desaparece del mar de Cádiz con su formidable Escuadra el día 7*”.

Se acercaba la estación fría del año y la intensidad de la epidemia fue decreciendo gradualmente; a día 30 de octubre sólo se atendían 357 casos y la mortalidad no era importante, y el 12 de noviembre la pestilencia llegó a su fin. Fue declarado el “estado de salud” y se celebró un *Te Deum* para agradecer la conclusión de la terrible mortandad. Las autoridades difieren a la hora de evaluar las proporciones exactas de morbilidad y mortalidad, aunque una cifra generalmente aceptada es la de 48.520 casos y 10.946 muertes, muchos de ellos de la guarnición, escuadra y arsenal.

Según informaba el doctor Ozanam estas muertes fueron desiguales, pues “*los jóvenes robustos, como los que provenían del norte de España y los montañeses, morían en mayor grado que los adultos y los naturales del país. Pudo comprobarse que un gran número de alemanes originarios de Hamburgo, que estaban de paso en Cádiz, contrajeron la enfermedad, y sólo tres de ellos escaparon a la muerte, lo contrario de los americanos. Murieron más hombres que mujeres, pocos viejos, paralíticos y personas delicadas. En cambio, los individuos sujetos a enfermedades crónicas, murieron casi todos*”.

Otras poblaciones afectadas

El doctor de Aréjula explicaba que la epidemia de Cádiz sirvió para que muchos de sus habitantes, temerosos de padecer la enfermedad, marcharan fuera de la ciudad y trataran de escapar de la muerte. Sin embargo, y a pesar de los impedimentos puestos por las poblaciones que aún permanecían libres de la enfermedad, los gaditanos huidos se convirtieron en el origen de graves epidemias que causaron grandes mortandades.

Las más importantes (cifras aproximadas) sucedieron en Chiclana (3.000 muertos), Jerez (14.000 muertos), Puerto de Santa María (3.493 muertos), Puerto Real (1.621 muertos), Rota (1.500 muertos), Sanlúcar de Barrameda (4.000 muertos), Sevilla (14.685 muertos), Utrera (1.689 muertos) y otros muchos lugares, muriendo en total más de 61.000 personas, cifra que el doctor Ozanam elevaba a 80.000. Sin duda, las dos peores infestaciones sucedieron en Jerez y Sevilla, y quedaron muy bien documentadas.

Jerez

Las gentes que huían de Cádiz fueron los introductores de la fiebre amarilla en Jerez de la Frontera, que se inició a mediados de agosto, a partir del día 14, y terminó en diciembre. La primera muerte ocurrió el día 25, y de una población de 42.000 personas, se dieron 32.000 casos y murieron 14.000 personas.

Hubo médicos que afirmaron que el 2 de septiembre ya se había introducido la enfermedad en Cádiz, aunque hasta el 15 del mismo mes no sonó en el Cabildo la expresión “fiebre amarilla”.

La epidemia comenzó en el barrio de Santa María y parece ser que unas procesiones de rogativas provocaron su extensión. Cuando el nuevo Gobernador, el jerezano Tomás de Morla, tomó posesión de su cargo y las prohibió, ya fue demasiado tarde. A partir de mediados de agosto comenzó a generalizarse por toda la ciudad y generó un cierto éxodo hacia otros pueblos, personas que huían del contagio y otras que ya lo llevaban consigo.

El 5 de septiembre, el Corregidor publicó un bando con las siguientes disposiciones: “1. *que no se detenga a nadie en esta Ciudad por ningún pretexto, sino que siga su marcha adonde tengan por conveniente; 2. que no se admita huésped en ninguna casa, posada o mesón de nuestra Ciudad; 3. que los que vengan expresamente a esta Ciudad hagan cuarentena en la Zarzaza y la Palma y que den cuenta al Corregidor de su destino y sean reconocidos por los médicos al efecto; 4. que ningún dueño de molino de aceite, ni alambique, eche a la calle ninguna de sus heces, sino que las recoja en un sumidero y al que no tenga se le prohíbe usar su alambique o molino; 5. que se mande el primer y segundo artículo al gobernador del Puerto de Santa María, para que los que salgan de allí para esta Ciudad no aleguen ignorancia”.*

La epidemia se generalizó de 15 al 30 de septiembre y las parroquias registraron unos trescientos entierros durante esa quincena, unos veinte diarios. La entrada fraudulenta de forasteros seguía produciéndose con regularidad, toda vez que la picaresca lograba burlar los medios de vigilancia. El lazareto empezó a funcionar plenamente y a prestar todos sus servicios.

Como el número de muertos se disparó a principios de octubre, se concluyó que en los días finales de septiembre se contagiaron en Jerez miles de personas. En el mes y medio que transcurrió desde el 1 de octubre hasta el 15 de noviembre se agudizó la epidemia hasta desbordar todas las previsiones. El clima de miedo y horror fue tremendo, en particular la visión de aquellos carros o transportes encargados por el Ayuntamiento para llevar al cementerio a los muertos y a los enfermos al lazareto, que eran escuchados como un lúgubre presagio por las personas sanas, “*o al menos vivas de la Ciudad*”. Manuel Ruiz Lagos, testimonio de los hechos, relataba que “*yo no paro de ver y oír pasar al carro de los muertos. Esta sí que es justicia igual para todos. Mañana volverá la de los hombres y de ésta tomará ejemplo, pues no es posible que se olvide lo que estamos viendo y sufriendo*”.

Una religiosa, la hermana María Antonia de Jesús Tirado escribió una carta al Beato Diego José, de Cádiz, el 2 de enero de 1801, en la que le explicaba que *“con lo que aquí pasó en esta epidemia más me abraso, pues han sido muchas las misericordias de este Padre Dios, pues me aseguran en la oración que ninguno se ha condenado, pues con las confusiones que todos los pecadores teníamos de tantos muertos, que hasta en las casas se enterraban porque no había quien llevara los cuerpos, pues andaban siete carros y cuatro carretas y no bastaban, todos estábamos esperando la muerte y no se hacía más que llorar y pedir misericordia”*.

Desde el Ayuntamiento se tuvo conocimiento que a primeros de octubre muchos niños quedaron huérfanos, y además, *“son muchos los enfermos que a diario se recogen en las calles abandonados de todo auxilio y son conducidos al hospital, siendo muchos igualmente los que se hallan postrados en sus habitaciones sin tener quien los asista y dé aviso a las iglesias para que puedan recibir los santos sacramentos”*.

La epidemia empezó a remitir a mediados de noviembre y el lazareto dejó de tener enfermos a partir del día 12 de diciembre. Los difuntos no fueron olvidados y, aunque no inmediatamente, el día 14 de febrero tuvieron un solemne funeral por sus almas en la Iglesia Colegial.

Existe una gran diferencia entre el número de fallecidos según las fuentes consultadas. Mientras algunas fuentes señalaban entre 18.000-20.000 muertos, la Junta de Sanidad, a 30 de abril de 1801, reportó 10.000. En realidad es muy difícil saber la cifra exacta y aún aproximada, pues era frecuente que la gente ocultara los muertos enterrándolos en corrales y campos, sin esperar a que el carro viniera a por ellos; y cuando se inició la fase aguda de la epidemia se dejaron muchos muertos sin registrar, igual que muchos vecinos huidos de otras poblaciones que no llegaron a empadronarse.

Un testimonio de la epidemia, Rafael María de Castro y Pardo, redactó una nota en la que decía que *“en este año de mil y ochocientos, se padeció en esta ciudad una peste o epidemia muy grande, pues murieron en ella más de treinta mil personas, y el infrascrito cura que escribió esta noticia, administró el Sacramento de la Eucaristía y Extremaunción a más de 684 enfermos en una sola semana, y en las demás mientras duró la peste muy pocas menos; fueron tantos los muertos, que no dando avasto los muchos carros que había para llevarlos, fue necesario poner carretas para llevarlos, las que se llenaban hasta lo último de las estacas”*.

Sevilla

Los orígenes del contagio en Sevilla son desconocidos, pero se dan dos versiones que podrían encajar a la perfección: un barco que no pasó la cuarentena o el contagio que sufrieron unos contrabandistas provenientes de Cádiz, llamados Los Lebrones, que vivían en el barrio de Triana y traían tabaco de África.

Otro testimonio de la época, de nombre desconocido, escribió una especie de memoria, de once folios³, donde dejó escrito que hubo otra causa, “más poderosa” que las anteriores, para el inicio de esta epidemia: *“Habían llegado ya los pecados públicos a un grado tan excesivo, que sólo el que lo ha visto, puede graduarlo, particularmente el del escándalo.*

³ Se trata de *La epidemia de fiebre amarilla en Sevilla en el año 1800, según el testimonio de un contemporáneo*, redactada por un escribano público de Sevilla a comienzos del año 1801, con fines puramente privados. El escrito en cuestión fue descubierto entre las actas de sus protocolos.

Se presentaban las mujeres casi desnudas, particularmente de brazos y pechos. Hallo dificultoso hacer una pintura exacta. Basta decir que los curas se vieron en la precisión de echarlas indistintamente, fueren de la clase que fueren, a la calle, y negarles la entrada en los templos, siendo de advertir que no eran sólo las mujeres de común esfera las que gastaban este porte, pues toda la fuente de esta maldita moda se hallaba en la nobleza. Los hombres no soportaban menos, pues los calzones los traían de cierta manera que se le señalaban sus partes. En general, se hacían muchas irreverencias y había muy poca o ninguna religión. En suma, eran los pecados muchísimos, y se esperaba el castigo de la mano poderosa de Dios por momentos”.

El primer caso sucedió el 23 de agosto en la calle Sola, en el barrio de Triana, que está separado de la ciudad por el río Guadalquivir. Se trataba de un barrio habitado principalmente por toreros, marineros y contrabandistas, como la familia de los llamados Lebrones, donde se inició el contagio, que pasó rápidamente de casa en casa, muriendo infinidad de gente. La comunicación entre los dos lados del río fue interrumpida, pero la infección ya había pasado y afectó poco después el barrio de Los Humeros, y seguidamente, por el interior de la ciudad, el barrio de San Vicente. Después se comunicó con la Magdalena y el Sagrario, y después toda Sevilla.

Una vez declarado el contagio, se formaron hospitales generales, uno en Triana, en el Convento de la Victoria, y otro en el Hospital de la Sangre, donde fueron albergados todos los pobres. Viendo el Rey el cariz que tomaba el asunto, y ante los clamores de los infelices habitantes de la ciudad, nombró algunos facultativos para que estudiaran la epidemia de cerca y pudieran ofrecer alguna solución. Esta comisión estuvo formada por Josef Queraltó, Director de la Junta de Cirugía; Ramon Sarraiz, Vicedirector del Real Colegio de Cirugía de San Carlos, y Francisco Solá, Catedrático del Colegio de Cirugía de Barcelona. A los pocos días de su llegada a Sevilla, falleció el doctor Sarraiz de fiebre amarilla, y poco más tarde sucedió lo mismo al doctor Solá.

Francia también envió a Andalucía tres catedráticos de medicina de la Universidad de Montpellier: Pierre Lafabrie, Jean-Nicolas Berthe y Victor Broussonet, temerosos que la enfermedad pudiera cruzar los Pirineos. El propósito era que *“pudieran inquirir la naturaleza y causas del mal y su método curativo, dando parte á su Gobierno de todo lo que ocurriese mas digno de atención para cortar anticipadamente los daños que se temian”*.

La epidemia se extendió con tanta rapidez, particularmente durante los últimos días de septiembre y principios de octubre, que según los testimonios *“no se podían traer a la memoria aquellos días sin llenarse de temor y espanto, escuchando la campanilla de Su Majestad, las voces y lamentos de los moribundos, la conducción de cadáveres por las calles, la multitud de colchones, lanas, mantas, ropas y tiestos en las calles de los que habían muerto”*.

Hubo casas en las que murieron todos los de la familia, y no fueron pocas. No había quien asistiese a los enfermos por ningún dinero, ni aún en las viviendas más acomodadas, pues cuando empezó la epidemia se despidieron a las criadas, particularmente las forasteras, aunque muchas de ellas cayeron enfermas y murieron. Según cuenta este testimonio, la falta de servicio afectó a todos, *“sin distinción de clases ni estados, y aun los más delicados títulos de Castilla y demás personas de la nobleza, se aplicaban a los oficios de las casas más humildes y a la asistencia de sus enfermos. El que esto escribe, se vio tan desamparado, que a pesar de hallarse enfermo, se vio preciso a poner y cuidar de los pucheros y asistir a cinco enfermos”*.

En cuanto la epidemia se extendió por el barrio de Triana, empezaron a hacerse las rogativas públicas y salieron en procesión diferentes imágenes de Nuestra Señora y de otros Santos, haciendo las estaciones en las iglesias de Nuestra Señora de la Salud, San Isidoro, Nuestra Señora del Amparo, Santo Cristo de las Tres Caídas, Señor del Gran Poder, etc., *“pero siendo nuestros pecados muchos, no quiso el Señor oírnos, y continuó aún con mayor fuerza la epidemia”*. Se sacó el *Santus Lignus Crucis* alrededor de la Lonja, con asistencia de los dos Cabildos, y luego se subió a la Torre, *“y por sus cuatro caras se bendijeron los vientos, en cuyo tiempo se levantó una tan furiosa tempestad de aguas y truenos que se deshizo la procesión en parte. Y aquella agua fomentó más la epidemia, por el calor excesivo que siguió”*.

La epidemia se mantuvo en su momento más álgido desde finales de septiembre hasta mediados de octubre, *“en que ardía la ciudad de enfermedades y muertos, pues en aquellos días, según los partes que se daban al Gobierno, llegaban los difuntos que conducían los carros a setecientos o algo más, sin contar los que morían en las comunidades que sepultaban en sus conventos, ni varias personas distinguidas que iban a los cementerios o capillas particulares con licencia de ambas jurisdicciones”*. La enfermedad empezó a remitir a partir de noviembre y cesó por completo el día 31 de diciembre.

Sevilla tenía una población de 80.568 habitantes y las cifras ofrecidas por las autoridades difieren mucho, pero se acepta que se produjeron 76.488 casos y murieron 14.685 personas, siendo octubre el mes más grave, cuando se produjeron 9.236 defunciones.

Según el doctor Villalba, *“los registros poco exactos de la ciudad de Sevilla solo manifiestan catorce mil muertos poco más o menos; pero personas fidedignas del estado médico, eclesiástico y secular, me han asegurado que pasaron de veinte y dos mil los muertos, habiendo enterrado ocultamente a muchos en el campo, en los corrales, y en varios otros lugares de las casas por la aversión que tenían á la zanja.*

Barcelona, 1821

Desde que debí declarar por desgracia, y firmé el primero que era la fiebre amarilla la aparecida en las tripulaciones de los buques del puerto, y después en la Barceloneta, conocí cuán apurada y aun expuesta seria mi situación; porque de aquella declaración pendian providencias que habian de suspender desde el momento gran parte del tráfico y labores de millares de vecinos de aquella capital industriosa; y que serian por algunos sencillos mas bien creidas por hijas de la opinión facultativa, que de la prevision de males, que debia el Gobierno evitar precaviendo la propagacion de una enfermedad, que tantos estragos ha causado donde se ha dejado progresar.

Mas benéfico el clima de que por dicha disfrutamos aquí, y la cortés lentitud con que se presenta esta enfermedad al principio, permitia que el solo aislamiento particular de los primeros enfermos, é incomunicacion de sus familias, fuesen mirados por los facultativos del gobierno, y por este, como medios mas seguros, y al mismo tiempo mas suaves en sanidad y en política, que la incomunicación repentina de una población entera, ó de una ciudad numerosa, para atajar el mal en su origen.

Aun este aislamiento é incomunicacion de unos pocos particulares causó en la Barceloneta una conmocion popular. Debióse pues incomunicar aquel numeroso barrio; lo que no se pudo conseguir hasta muy tarde.

Se presentaron luego enfermos de fiebre amarilla en la ciudad. A mí en los dias 4, 5 y 6 de este mes de septiembre se me ofrecieron cuatro de aquella. Como médico particular y como vocal de la Junta Superior de Sanidad no podia dejar de obtemperar la orden de su incomunicacion; único medio que podia salvar á Barcelona, ejecutado con escrupulosidad desde el principio.

Aquel celo mio, y la franqueza característica con que hablé siempre sin rodeos en juntas, en público y privadamente con mis conciudadanos para salvarlos de la fiebre amarilla, y sobre las funestas consecuencias que recaerian sobre la ciudad, si no se sofocaba el mal en sus principios, me condujeron al precipicio próximo de perder la vida inocentemente en los dias 7 y 8 de este mes, por manos de los mismos a quienes procuraba yo salvar la suya.

Nadie espere un escrito sublime ni una obra maestra sobre la fiebre amarilla, sino una relacion fiel y demostrativa, escrita con la sencillez de un médico naturalista, acogido en estos dias aciagos á una aldea, para salvar la vida de la mano alevosa de unos cuantos antropófagos y perturbadores del orden, que moran en una ciudad digna de mejor suerte. Me retiré á mi jardin botánico en la noche del 7 al 8 de este mes, avisado de que me buscaban para asesinar me, y de que querian incendiar mi casa: me hallo ahora en este retiro, paraíso de los seres que no son ingratos al hombre que los cuida⁴.

⁴ Este escrito, o "Advertencia", pertenece al breve e interesantísimo trabajo dedicado a la fiebre amarilla, *Relación Médico-Política sobre la aparición de la fiebre amarilla á últimos de Julio y principios de agosto de 1821 en las tripulaciones de los buques del puerto de Barcelona, y sus progresos en la Barceloneta, é introducción en la ciudad* (Mataró, 1822). Su autor, el Dr. Juan Francisco Bahí i Fonseca (1775-1841), nacido en Blanes (Girona), era hijo de un médico y estudió la carrera en la Universidad de Cervera. El 19 de enero de 1795 fue nombrado médico de número de los reales ejércitos y prestó sus servicios en los hospitales militares del Rosellón y Cataluña, sirviendo de secretario durante la guerra contra Francia al célebre doctor José Masdevall.

En 1799 se licenció en Cirugía y el mismo año fue nombrado Catedrático de Botánica del Real Colegio de Medicina y Cirugía de Burgos, donde aprovechó para inspeccionar las enfermedades epidémicas de Castilla.

Durante la epidemia de fiebre amarilla de 1821, el doctor Juan Francisco Bahí era el médico jefe del Hospital Militar de Barcelona, y el primero que manifestó públicamente la existencia de la enfermedad⁵, el día 7 de agosto, en contra del parecer de algunos médicos. El Dr. Bahí, junto al Alcalde primero de Barcelona, sostuvo con tesón el dictamen por el que debía incomunicarse el barrio de la Barceloneta y formarse hospitales y Casas de Socorro. Pero excitados los ánimos de la población, que veía peligrar sus puestos de trabajo con la cuarentena, no sólo no se aceptó su decisión sino que se vio obligado a refugiarse en el Jardín Botánico y allí preparar su fuga para librarse de atropellos y burlas. Su casa fue atacada y su efigie paseada e insultada por las calles de Barcelona. Bahí salvó la vida huyendo de la ciudad y refugiándose con su familia en Tiana, población costera próxima a Barcelona.

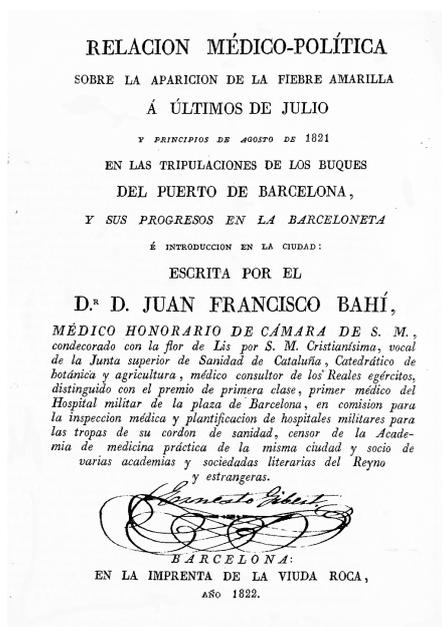


Imagen nº 1. Portada del libro del doctor Juan Francisco Bahí.

Según comentaban los médicos franceses François, Pariset y Bally⁶, el estado sanitario de Barcelona era excelente en aquel momento, y *“a pesar que presenta bellos barrios y ofrece vastos paseos, está en general mal construida; la mayoría de las calles son estrechas y tortuosas. Pero son la mayoría limpias y en los alrededores de la ciudad no existen estanques ni zonas pantanosas ni otros tipos de aguas estancadas propias para desarrollar un foco infeccioso.*

Más tarde se trasladó a Barcelona, donde se le confirió la dirección y enseñanza del Real Establecimiento de Botánica, y el 19 de septiembre de 1808 fue nombrado Consultor de Medicina de los Hospitales militares de Cataluña. Durante la guerra de Independencia desempeñó importantes comisiones, organizando hospitales en Vinaroz, Benicarló y otros puntos para militares enfermos y heridos. En 1814 fue nombrado Director y Catedrático del Jardín Botánico de Barcelona y el 27 de febrero de 1816, Primer médico del Hospital de la misma ciudad.

Una vez pasada la epidemia y de nuevo en Barcelona, fue nombrado Presidente de la Real Academia de Ciencias y Artes (1833) de la ciudad, y más tarde Subinspector de Medicina Militar en Cataluña (1836). El Rey de España le concedió la Cruz pensionada de la Orden de Carlos III y los honores de Médico de Cámara, siendo condecorado con la “Flor de Lis” por sus importantes servicios y méritos contraídos durante la epidemia.

⁵ El doctor Bahí tenía conocimientos previos de esta enfermedad, de la cual murió en Cádiz su hermano Agustín en 1817.

⁶ Estos tres médicos son los autores de la obra *Histoire médicale de la fièvre jaune observée en Espagne, et particulièrement en Catalogne, dans l'année 1821*, publicado en París en 1822.

La Barceloneta está situada en la parte oriental de la rada y es el lugar de desembarco de todas las mercancías de los barcos. Esta plaza cuenta con setecientas casas y alrededor de cinco mil habitantes. No se encuentran otros lugares mejor dispuestos para la sanidad, y nada hay más regular ni más abierto ni más aireado que sus calles. Ninguna de las casas tiene más de un piso ni más de dos familias y todo ofrece un corriente perpetuo de ventilación”.

En aquel momento, la Barceloneta era un lugar de trabajo, de negocios y también de diversión, el asilo de muchos capitanes de navío retirados y de muchos empresarios, constituyéndose en el centro de todo el movimiento que generaba el comercio marítimo de Barcelona.

A mediados de julio del año 1821, tanto las autoridades civiles y militares, como el público en general, estaban realizando grandes preparativos para celebrar el aniversario de la promulgación de la Constitución española, el 12 de julio. Sin embargo, el mal tiempo aconsejó posponer el evento para el día 15, domingo. Ese día se levantó despejado, con una temperatura espléndida, y en los muelles frente a los cuales tendrían lugar diversas competiciones náuticas, se congregó una gran muchedumbre que podría visitar los barcos fondeados.

En este momento había en el puerto gran cantidad de navíos, tanto extranjeros como españoles, y se contabilizaban más de veinte que habían llegado recientemente de La Habana y Veracruz. Y estas naves también tomarían parte en la festividad.

Los barcos acusados de haber introducido la fiebre amarilla en Barcelona fueron cuatro, aunque no es posible determinar el papel jugado por cada uno de ellos: el bergantín *Talla Pedra*, capitaneado por Narciso Parés: había salido de La Habana el 28 de abril, formando parte de una gran flota compuesta por cincuenta y dos naves que tenían destinos distintos: Cádiz (13), Barcelona (20), La Coruña (6), Santander (3), Málaga (4), Vigo (1), El Ferrol (1), Bilbao (1), Palma de Mallorca (1), Lisboa (1), Bahía (1). El *Talla Pedra* llegó a Cartagena el 12 de junio y a Barcelona el 19 del mismo mes, y le fue permitido el desembarque tras pasar ocho días de cuarentena.

La fragata *La Libertad*, capitaneada por Juan Sangra, llegó a Málaga el 8 de junio y fue permitido el desembarque de una parte de la tripulación. Más tarde se dirigió hacia Cartagena, donde se cargó nueva mercancía y embarcó un pasajero y un marinero, llegando a Barcelona el 28 de junio.

El bergantín *Gran Turco*, capitaneado por José Sagradas, era un barco dedicado al transporte de esclavos negros. Procedía de La Habana y llegó a Cádiz el 5 de junio, donde obtuvo pasaporte sanitario⁷. Desembarcaron veintidós pasajeros y se incorporaron tres marineros. Partieron hacia Barcelona y llegaron el 29 de junio. Se sabe que durante el trayecto desde La Habana se produjeron algunas muertes debidas a fiebre amarilla.

El bergantín *Nuestra Señora del Carmen*, procedente de La Habana y capitaneado por Pablo Soler, llegó a Cartagena el 16 de junio, donde desembarcó el segundo piloto. Más tarde se dirigió a Alicante, llegando tres días más tarde. Parte de la mercancía fue desembarcada y subió un pasajero pobre, que sería transportado gratis. Llegó a Barcelona el 11 de julio.

⁷ Parece ser que durante la travesía de África a La Habana muchos esclavos murieron de una “*prodigiosa disentería maligna*”.

Durante la travesía se produjeron tres casos de fiebre amarilla, uno de ellos fatal, y el pasajero embarcado en Alicante llegó enfermo a Barcelona. Eludió la vigilancia sanitaria⁸ y murió en la ciudad pocos días después de una enfermedad que tenía “*síntomas extraños y sospechosos*”. Probablemente se trató de la primera víctima de la fiebre amarilla en Barcelona. Pero quedó en el anonimato y fue ignorado por la autoridad, quizás porque no quedó registrada su identidad.

El 15 de julio, el capitán del *Gran Turco* hizo una recepción a bordo de la nave y su familia vino a verle desde Sitges, donde vivía. Su esposa, sus hijos, su cuñado, cuñada y muchas otras personas, cerca de cuarenta, fueron invitadas a bordo. Tras pasar un par de días en el barco, la familia del capitán se quedó en la Barceloneta, donde enfermaron “*de una extraña enfermedad*” y murieron, junto con el capitán. Se contaba que de las cuarenta personas que visitaron el *Gran Turco*, murieron treinta y cinco, todos con síntomas claros de fiebre amarilla.

Muchas personas visitaron el *Talla Pedra* durante este festival y también después del mismo. En pocos días, algunas de ellas cayeron enfermas de la misma “*extraña enfermedad*” y tuvieron un desenlace fatal. Se trataba de tres carpinteros que trabajaron en el barco y murieron en los días 27 y 29 de julio y 2 de agosto, y de una mujer de Sitges, que murió en esta misma población costera el 5 de agosto.

La polacra napolitana *Concepción*, proveniente de Nápoles, amarró junto a los otros barcos mencionados. Su tripulación se paseaba por otras embarcaciones intentando vender queso, pues tenían una gran provisión. Pronto se infectaron de fiebre amarilla y tres de ellos murieron en medio de los vómitos típicos. Sin embargo, el médico de la nave, Carlo Sismonda, declaró a la Junta de Sanidad que habían muerto de “*tifus petequial*”. El 4 de agosto también murió Nicola Jacarino, hijo del capitán de esta nave.

El bergantín francés *Josephine* estaba anclado muy cerca de allí, y enfermaron y murieron la mayor parte de la tripulación. El capitán, Monsieur Simiane, en cuanto vio los estragos que se producían a bordo, pues casi nadie sobrevivió, ni el segundo capitán (muerto el 26 de julio), dejó el barco y se alojó en una pensión de Barcelona. Ocho días después, la propietaria del establecimiento, su marido, la sirvienta y un niño también fueron infectados y murieron. En cambio, Simiane sobrevivió, “*probablemente, dijo él, porque ya había sido atacado de fiebre amarilla en Santiago de Cuba el año 1819*”.

El doctor Bahí escribía que “*a fines de Julio y principios de Agosto empezó a difundirse alguna voz por la ciudad de que en el hospital general civil habia enfermos procedentes de los buques del puerto con enfermedad muy maligna y se añadieron luego noticias de que en la Barceloneta habia tambien algun enfermo muy grave, procedente de los buques venidos de América. Se inspeccionaron con escrupulosidad los enfermos, y algun cadáver de esta procedencia, y se divulgó la voz de que se habia manifestado la fiebre amarilla en el puerto*”. La Junta Municipal de Salud fue reunida por primera vez el día 4 de agosto, inquieta por las noticias que circulaban desde hacía días. Lo único que determinaron fue que dos marinos de la polacra *Concepción*, una mujer llegada recientemente de Sant Feliu de Guíxols, y un mahonés proveniente del Gran Turco, habían muerto de una enfermedad calificada de “*cholera ó atroce cardialgia*”.

⁸ Era habitual que los capitanes de barco intentaran engañar a los médicos de la policía sanitaria para evitar las largas cuarentenas, que retenían la nave en el puerto e impedían proseguir con las rutas comerciales transportando mercancías de un puerto a otro. Las muertes durante el trayecto las atribuían a accidentes o golpes de mar. En el caso de tripulación o pasaje enfermo, como en el presente caso, los forzaban a preparar su equipaje y ponerse en cubierta, mezclados con el resto de personal sano para desembarcar los primeros.

Las grandes discusiones sobre la naturaleza de la enfermedad y su posible carácter contagioso ocasionaron una gran indeterminación en las medidas que debía tomar la Junta Municipal, que se negaba a admitir que se tratara de fiebre amarilla.

Desde el día 5 de agosto, las autoridades sanitarias empezaron a mandar enfermos a los hospitales de aislamiento, pero esto tuvo poca incidencia sobre el progreso de la enfermedad.

El Gobierno trató de indagar la realidad sobre las noticias que circulaban y entre los días 6 y 7 de agosto se tomaron enérgicas disposiciones para atajar un mal que amenazaba devastar las tripulaciones de los buques, el vecindario de la Barceloneta y toda Barcelona, que hasta el momento se había visto libre del contagio.

A partir del 6 de agosto se reunieron las diferentes Juntas médicas para establecer medios más eficaces para atajar la enfermedad. Inmediatamente se habilitó el lazareto de Nazaret, extramuros de la ciudad y próximo al cementerio de Poblenou. Estaba dirigido por el segundo médico del hospital de Barcelona, el doctor Salvador Campmany, cuyo cometido era reunir a todos los enfermos que pudieran detectarse. A este efecto, se ordenó realizar visitas a las naves ancladas en el puerto, a los hospitales y a las casas de Barcelona y la Barceloneta donde se sospechara la presencia de enfermos. Se ordenó el cierre del puerto, incomunicar las embarcaciones sospechosas de introducir la enfermedad y prohibir el desembarco de pasajeros y mercancías. Se aislaron las viviendas afectadas de la Barceloneta y finalmente se desestimó la incomunicación del barrio.

Más tarde, se decidió que el Palacio de la Virreina del Perú, situado a una legua de Barcelona, en la villa de Gracia, sería transformado también en lazareto, mejor acondicionado que el de Nazaret. El Convento de Jesús, cercano al Palacio, sería reconvertido en lugar de observación.

A pesar que las medidas eran las más oportunas, aunque tardías, parecieron demasiado severas a la población afectada, lo cual causó un gran descontento, fomentado sobre todo por las divisiones entre el estamento médico, pues no había unanimidad a la hora de diagnosticar la enfermedad. Según puede leerse en la obra de François, Pariset y Bally, *“la Junta de Salud Municipal, la Academia de Medicina, la Subdelegación Médica, etc., tienen atribuciones distintas que las convierten en independientes entre sí, quizás rivales, y rivales celosas entre unas y otras. Esta envidia ha sido alimentada por el desconocimiento de la enfermedad, de manera que algunos médicos, sin experiencia en esta materia, eran desgraciadamente muy acreditados. Y mientras unos sostenían que la enfermedad actual era la fiebre amarilla de las Antillas y soberanamente contagiosa, los otros sostenían lo contrario, que se trataba de una fiebre anómala, indeterminada, un tifus simple y sin contagio. Sea como fuera, la conclusión debía ser la misma para la Administración en los dos casos, separar a los enfermos, tanto se tratara de un mal común como de un mal excesivo”*.

El doctor Bahí visitó tres enfermos en el Hospital de la Santa Cruz, a los que diagnosticó *“tiphus icterosus”*, llamada *“fiebre amarilla legítima”* por Campmany: *“la fiebre amarilla se me representó marcada en la cara de los tres enfermos, con los síntomas siguientes: los dos primeros de temperamento bilioso-sanguíneo, y atletas ó de una constitución muscular muy robusta; sus mejillas y conjuntiva de los ojos rubicundo-amarillas; el mirar ó aspecto imponente fijo; calentura poca, sin sed, lengua limpia y húmeda, postracion de fuerzas; todavía no se habian manifestado los vómitos, pero sí dolor intenso en el epigastrio; y desde el principio tambien en las articulaciones, especialmente en la cintura.*

El otro enfermo era un mahonés, de temperamento sanguíneo, con paso al bilioso, de fibra muy fina y delicada, por tanto con mayor postracion de fuerzas: por falta de reaccion vascular presentaba menos inyección sanguínea en su conjuntiva, pero mas amarillez, y su cuerpo amoratado á trechos, con intermedios pajizos; mucho dolor en el epigastrio y region media del abdomen; cámaras frecuentes y líquidas; lengua espurca y húmeda; y pulsos débiles. Desde este momento, dia 7 de Agosto, no dudé que la enfermedad de las tripulaciones del puerto era el tiphus icterodes exótico, que los españoles llaman vulgarmente fiebre amarilla”. El doctor Bahí decidió que todos ellos fueran trasladados al lazareto de Nazaret.

El día 8 de agosto, el *Diario de Barcelona*⁹ informaba sobre la existencia de una enfermedad misteriosa en la zona del puerto, y aquel mismo día murieron doce personas. Pero no se tomaron aún las medidas necesarias, y el motivo estaba relacionado con los intereses de los asentadores del puerto, que veían peligrar su volumen de negocio, y por las discrepancias entre médicos, que no coincidían con el diagnóstico. Por ejemplo, los ilustres doctores Francisco Salvà y Francisco Piguillem, opinaban que no se trataba más que de “*calenturas estacionales*”.

El 12 de agosto se produjo el famoso caso de los hermanos Prats, tres carpinteros varones, Pablo, Jaime y Mariano, que contrajeron la enfermedad mientras trabajaban en el *Gran Turco* y fueron el origen del contagio entre su familia, domiciliada en la calle Sant Miquel, nº 4. La Junta de Sanidad quería comprobar esos casos para que sus vocales facultativos expresaran su parecer sobre esta afectación.

El doctor Bahí visitó a los cuatro hermanos: “*subí con mis compañeros al cuarto de los enfermos, que tanta impresion nos causaron y de que tanto se ha hablado. Si el solo aspecto de los tres enfermos del hospital general me decidió por la opinion de ser su enfermedad traída de fuera, y no un tifo comun ni nuestra calentura biliosa, la traza de los hermanos Prats corroboraba el propio origen, y tampoco podian engañar á un médico un poco experto.*

El primero de estos enfermos que se nos ofreció frente a la entrada del aposento, estaba tan marcado con la faz del tifo icterodes, descrita por varios autores, que habria parecido superfluo su ulterior examen para formar la diagnosis de la enfermedad. Al dejar á este enfermo se ofreció luego en un cuartito de frente otra hermana, Mónica, en realidad con la cara menos encendida y la conjuntiva de los ojos menos inyectada.

Enseguida se nos enseñaron otros dos hermanos en aposentos contiguos, á corta diferencia con la misma gravedad y especificación de síntomas que el primero. Pasamos luego á visitar otro enfermo en la panadería de la plaza de la misma Barceloneta, que hallamos con vómitos acafetados, y con síntomas del último período de la calentura amarilla, como que murió al dia siguiente.

Vistos estos casos era lógico que el informe médico aconsejara el traslado de los hermanos Prats y del panadero enfermo al lazareto, donde murieron al poco de entrar (14 de agosto), y se incomunicaran a sus familias para impedir la formación de nuevos focos de contagio, “*ó de atmósferas de miasmas infectantes*”. Estaba claro que era más fácil contener la enfermedad aislando cinco enfermos e incomunicando a dos familias, que dejar libres a todos y poner en riesgo a todo el barrio y toda la ciudad.

⁹ Antonio Brusi, introductor de la litografía en Barcelona y editor del *Diario de Barcelona* desde 1814, también fue una de las víctimas de esta epidemia de fiebre amarilla.

Bahí defendía que *“es mas humano incomodar solo á dos ó pocas familias, que sitiar á millares de ellas; y es mas prudente y político tambien que, mientras los médicos los unos afirman, y los otros disputan si es ó no contagiosa la enfermedad, la autoridad en caso de duda se decida por la seguridad pública”*.

El doctor Bahí tuvo la oportunidad de presenciar en el lazareto la disección de Pablo Prats, uno de los hermanos carpinteros, muerto tan sólo hacía media hora, el cual presentaba signos inequívocos de fiebre amarilla: *“su estómago, ó sea su túnica mucosa, ofreció el color de granada ó escarlata que describen los autores en los muertos por el veneno del tifo icterodes; su cavidad se halló con una cantidad de bilis negruzca ó atrabilis; los intestinos delgados algo oscuros, no tanto los crasos, y en unos y otros habia tambien una porcion del humor referido; el hígado azafranado, y su vejiga cística por un lado longitudinal de color lívido con principio de gangrena, y con una cantidad de bilis muy espesa”*.

Finalmente, el 14 de agosto, los vocales de la Junta Superior, Junta Municipal y Academia Médico-Práctica de Barcelona, firmaron el dictamen *“que la calentura reinante en el puerto era sin rebozo la fiebre amarilla”*, lo cual fue publicado al día siguiente. Mientras, se procedía a las fumigaciones para desinfectar los buques del puerto y se trasladaba a sus tripulaciones a la montaña y al *“Monasterio de San Jerónimo de Ebrón, á una legua de Barcelona”*.

La gente del barrio empezó a indisponerse con los facultativos, profiriendo insultos y amenazas, especialmente dirigidos al doctor Campmany, director del lazareto, de quien se decía que mataba a los recogidos con ácido sulfúrico, *“aceyte de vitriolo”*.

Jaime, el padre de los hermanos Prats, también cayó enfermo. El día 16 de agosto se dio la orden de pasar a recogerlo e ingresarlo en un lazareto distinto, una tranquila casa de baños situada junto al mar. El vecindario se opuso enérgicamente a la medida y ofreció una gran resistencia *“á la caballeria y á la autoridad que se presentó al efecto, en término de tocar á rebato”*.

La gente rompió el cordón de sanidad y se abalanzó sobre Prats padre, *“estrechándolo entre sus brazos y besándolo, bañándose en su sudor y frotándose sus caras, torsos y miembros con las sábanas del enfermo, calientes, húmedas y sucias por las deposiciones y los vómitos”*. Hacían escarnio sobre la idea del contagio, pensando que era fruto de la imaginación, ignorancia y aun malicia de los médicos, *“inventores de la fiebre amarilla”*. Jaime Prats murió al día siguiente, 17 de agosto. A partir de aquel momento, cuando numerosas personas sanas tuvieron contacto con otras enfermas, se perdió el hilo del origen primitivo de la epidemia, los buques infectados. A los pocos días se produjeron nuevos casos y muertes entre las personas que participaron en aquel tumulto.

Las autoridades dispusieron que las Comisiones de todas las corporaciones médicas, Junta Superior, Junta Municipal, Academia de Medicina-Práctica, Subdelegación de Medicina, Colegio de Cirugía y Cuerpo de Cirugía Militar, visitaran a los enfermos de la Barceloneta, y una vez diagnosticada la enfermedad, fueran trasladados con sus familias al lazareto de la Virreina.

Sin embargo, los habitantes del barrio no estaban en absoluto dispuestos a consentir aquellos traslados, más cuando tuvieron entendido que una de las Comisiones, la Subdelegación de Medicina, compuesta por los doctores Francisco Piguillem y José Riera, habían insinuado no haber visto fiebre amarilla en aquellos casos, *“sino á lo mas alguno de tifo comun”*, que no era contagioso y por tanto hacían innecesarias las medidas de aislamiento.

La actitud de los enfermos era esconderse y huir de los facultativos para no ser enviados al lazareto. Algunos impedían que se tomase el pulso y otros rehusaban la medicación que se les suministraba. El día 31 de agosto la situación se volvió insostenible y los miembros de la comisión fueron amenazados y no pudieron entrar en el barrio.

Poco después, se dio el caso de una joven enferma a la cual dos vocales de la Junta Superior, los doctores López y Carbó, determinaron que debía pasar al lazareto de la Virreina. Pero al día siguiente, la joven pareció aliviada y esto exasperó de nuevo los ánimos contra los médicos. Los vecinos se resistieron a trasladar sus enfermos al campo y se iniciaron los vituperios e insultos contra aquellos facultativos que declaraban que la enfermedad era vómito negro. Tampoco bastó para desengañar a esta gente la muerte de tres enfermos que los otros dos médicos habían dado por convalecientes y no infectados de fiebre amarilla. En definitiva, los vecinos impidieron los traslados al lazareto y dejaron a los enfermos y sus casas en libre comunicación.

Las autoridades sanitarias, viendo que perdían el control de la situación, dispusieron que se formase inmediatamente una Comisión facultativa compuesta por un individuo de cada una de las Corporaciones antes mencionadas y visitase nuevamente a los enfermos de la Barceloneta y se pusieran de acuerdo en el diagnóstico definitivo de la enfermedad. Todos estuvieron de acuerdo en que se trataba de fiebre amarilla, excepto el doctor José Calveras, representante de la Subdelegación de Medicina. Curiosamente, este mismo médico, acompañando al doctor Bahí en el primer día de la inspección, comisionados los dos por la Junta de Sanidad, había firmado que, efectivamente, la enfermedad vista era fiebre amarilla. Pero ahora, visitando los enfermos en representación de la Corporación que justamente negaba la enfermedad, se desdecía de su diagnóstico anterior.

Esta Comisión no podía ser del agrado de unos enfermos y de gentes que no creían en el mal que tenían, ni tampoco se les ocultaba que había médicos *“que no sabían ó no querían ver la calentura amarilla á pesar de que la observábamos marcada en los demás”*. Aquella gente entendió que el dictamen médico podía significar la incomunicación del barrio con el resto de la ciudad, de manera que se divulgó que *“esperarían con una preparacion de fusiles cargados si la comision volvía á inspeccionar mas enfermos”*. Finalmente, la orden de incomunicación de la Barceloneta se hizo efectiva a las siete de la tarde del día 3 de septiembre.

Para el doctor Bahí, los hechos se precipitaron cuatro días más tarde. Había mandado a su familia a Tiana el 12 de agosto, previendo todo lo que se avecinaba y temiendo insultos o ataques contra su vivienda. A las cuatro de la madrugada del 7 de septiembre fue avisado para que atendiera a la hija de dieciséis años de Agustín García, un sastre vecino suyo, que estaba afectada de vómito negro: *“apenas vestido entré en la casa de mis vecinos que hallé anegados en lágrimas y sollozos, suplicándome los padres que por Dios salvase á ellos, pues que contemplaban á su hija perdida; que me hiciera cargo de que era él un padre de familia, y sobre todo que les procurase el no ver la salida de su hija para la casa de la Virreyna, y que deseaban salir primero para la observación en el Convento de Jesús, pues interesaba para los demas hijos la salvación del marido”*.

La mujer del sastre mostró al doctor Bahí una gran taza de loza llena de las materias negruzcas que había vomitado su hija, y enseguida se pasó nota a la Junta Municipal para trasladar a la familia sana al campo de observación del Convento de Jesús, lo cual fue hecho rápidamente por unos milicianos, quedando la casa incomunicada. La hija sería trasladada al Palacio de la Virreina durante la noche siguiente.

Aquella misma mañana, los vecinos vieron a la hija del sastre correr sola por la casa. A través de las ventanas del patio de luces hablaron con ella y dedujeron que había mejorado mucho su estado de salud y que todo era obra del doctor Bahí: *“empezaron á recargar las declamaciones de los dias anteriores contra los médicos, en especial contra mí, y contra las providencias de la autoridad sobre aislar enfermos y poner sus familias en observación.*

Preocupados por la situación, los vecinos avisaron al médico de guardia, el doctor Vionet, quien afirmó que la muchacha no estaba enferma. Por la tarde fue visitada por otro facultativo, ya conocido: *“resolvieron los acalorados mandar á buscar al médico Don José Riera, el mismo que no habia querido reconocer la fiebre amarilla en los enfermos de la Barceloneta. Este médico por la tarde, en union con un cirujano jóven, sin llamarme ni oirme á mí que era el médico de cabecera, ni á los padres que estaban en Gracia de observacion, únicos asistentes y solos sabedores de las ocurrencias, estado, y dias del mal de la enferma, falló que esta no tenia la fiebre amarilla, ni sospecha alguna de ella”.*

Por tanto, la casa del sastre *“se puso nuevamente en comunicacion, y en virtud del saludable y político dictámen del doctor Riera, tan atento médico como hombre de bien en este lance, se decidio que los padres que estaban de observacion en Gracia volviesen á su casa. Luego empezó la algarabía tumultuaria de la plaza á gritar viva, viva el doctor Riera, y muera el doctor Bahí autor de la fiebre amarilla. Se rompieron al instante á pedradas los cristales de las ventanas y balcon de mi casa, que estaban al lado de la del sastre; se intentó forzar la mia y aun quemarla, y no sé lo que habria sucedido si la autoridad no hubiese mandado fuerzas de caballería é infantería á aquel punto.*

Noticioso yo de estos hechos, y después de haber expuesto en la tarde verbalmente al señor Jefe presidente que creía iba á reventar la mina contra facultativos, y en particular contra mi persona, y avisado posteriormente del riesgo, me retiré al Jardín botánico de mi cargo á esperar ulteriores noticias. Los avisos de que me buscaban por todas partes para asesinarme no me dejaron salir del recinto del Jardin, donde imprudentemente me metí, no creyendo llegase á tanto el furor de la plebe; pues si ella hubiese venido en aquella noche al botánico, como se verificó en la mañana siguiente poco después de haber yo salido, me asesinaban indefenso”.

Por la ciudad corrió el rumor que el doctor Bahí había recibido “cuatro mil duros” por declarar la fiebre amarilla en el puerto. Y él, temeroso del curso que tomaban los acontecimientos, decidió pedir permiso a la Junta Superior para salir de la ciudad durante unos días, hasta que se calmasen los ánimos. En la madrugada del 8 de septiembre, *“ocultamente, pasé a tranquilizar á mi querida y numerosa familia, anegada en el dolor por estar noticiosa de mis peligros y persecucion por una parte del pueblo, para salvar á el cual tanto trabajaba yo de dia y de noche. Consolé á mi amada esposa y á los hijos de mi corazon; los animé del mejor modo que pude, siempre con una serenidad de espíritu inalterable, como que no necesité tomar ni un sorbo de vino ni recurso alguno de la medicina.*

Desde Barcelona se avisaba que me buscaban para matarme. ¡Bárbaros, insensatos! A pesar de esto no quise esconderme, contentándome con que estos beneméritos patriotas y honrados ciudadanos de Tiana me prometieron sostener mi inocencia á todo trance. ¡Gratitud eterna, Tianeses, os debo y os tributo con mi familia!”

El doctor Bahí terminó de escribir su relación de los hechos el día 29 de septiembre, quejándose amargamente de las disposiciones equivocadas del doctor Riera: *“yo estoy esperando el total desenlace de la epidemia para ver si el Dr. Riera, tan acérrimo contra la existencia de la fiebre amarilla, y el matrimonio del sastre que él ha metido otra vez en su casa, no creyendo en el contagio, contarán el fin de esta escena trágica que presenciamos. A lo menos este profesor, creyendo sin duda de buena fe, mas que fuese imbuido de las razones y verbosidad de otros que le dominasen su corazón sencillo, no dijo en su cátedra ni en las salas del hospital, cuando aparecieron allí los primeros enfermos sospechosos, y aun privadamente, que era su enfermedad la fiebre amarilla, y después, preguntado por el Gobierno, todo lo contrario. ¡Qué maldades tan atroces se cometen en el mundo, y sus autores son los que campan! ¡Pobre patria!”*

El caso es que se desconoce qué sucedió con el sastre y su familia. En cambio, se sabe que el doctor Riera murió poco después, víctima de la fiebre amarilla, la enfermedad que él tanto se empeñó en negar. Su nombre aparece grabado en uno de los laterales del cenotafio construido en el Cementerio de Poblenou, en la placa en que se rinde homenaje a los médicos que murieron víctimas de la epidemia (ver más adelante).

El desorden y la resistencia persistieron hasta bien entrado el mes de septiembre y durante este largo tiempo de indisciplina, o más bien de anarquía, el mal se expandió cada vez más e invadió nuevas zonas de la ciudad.

El 12 de septiembre, las máximas autoridades dejaron Barcelona y se retiraron a la población de Esparraguera, a 40 km. de distancia, y este ejemplo fue seguido por una gran parte de la población. Aquellos que poseían alguna propiedad fuera de la ciudad, como negociantes, productores, mercaderes, artesanos adinerados, responsables de comunidades religiosas, o quienes tenían manera de vivir en el campo, en un albergue, en una pensión, o incluso en alguna compañía de teatro, salieron de Barcelona y se aposentaron en las pequeñas ciudades o pueblos de los alrededores. La emigración fue tan considerable, que entre los que marcharon voluntariamente y los que fueron llevados a los lazaretos, el número se elevó a unas 80.000 personas, lo que excedía más de la mitad de la población.

El día 15, la Junta Superior de Sanidad de Cataluña publicó un bando en el que se declaraba la incomunicación de Barcelona a partir del día 17. En la ciudad sólo quedaron los miembros del Ayuntamiento y unos tres mil milicianos, de los cuales la mitad murieron de fiebre amarilla. Se ordenó que el ejército estableciera un cordón sanitario alrededor de la ciudad, y soldados y paisanos armados de los pueblos próximos debían asegurar el férreo control sanitario. Pero en ocasiones no funcionó como hubiera sido deseable, pues era fácil sobornar a los soldados y unas propinas bastaban para que se permitiera el paso fuera de la zona infectada.

El día 20 de septiembre empezaron los trabajos para el traslado de los habitantes de la Barceloneta a los monasterios de Sant Jeroni y de la Vall d'Hebron, y también se organizó la evacuación de los habitantes de Barcelona. Fue establecido que los individuos y las familias que pudieran costearse la manutención se desplazaran a Pedralbes, Sant Jeroni, Montalegre y la Conreria. Para los que no podían hacerlo, se fijó la Vall d'Hebron. En la ladera de Montjuïc se construyó un campamento, llamado Sanitario Constitucional, para las personas que debían entrar y salir de Barcelona. Pero muchas familias no quisieron trasladarse y la resistencia por parte de los más humildes fue mayor. La Autoridad tuvo que incentivar la salida con una ayuda diaria de dos reales.

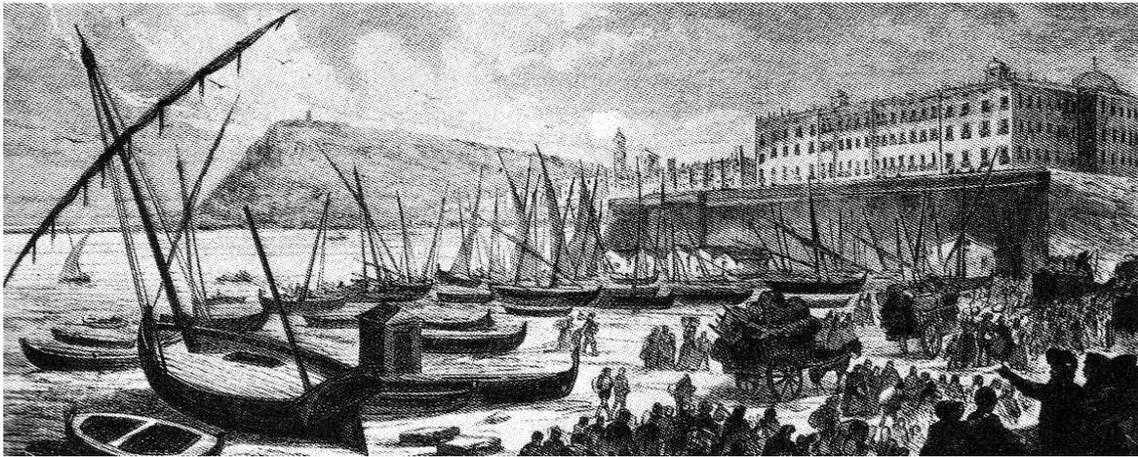


Imagen nº 2. Evacuación de la Barceloneta a consecuencia de la fiebre amarilla.
(Grabado del siglo XIX)

La seguridad en el interior del recinto urbano era muy precaria, sobre todo por la noche. Los grupos de saqueadores se aprovecharon del abandono de las casas y de la escasa fuerza pública disponible. Además, la Milicia se veía diezmada por las defunciones y las deserciones. La situación general se agravó hacia finales de septiembre. La mayor parte de las tiendas y las casas permanecían cerradas, y por las calles no transitaba nadie: *“de vez en cuando se oían lamentos y sollozos que quebraban la entereza de los que aún permanecían en pie”*.

El abastecimiento se convirtió en un gran problema, y el día 28, el Ayuntamiento organizó una sopa económica para la gran masa de indigentes; pero la situación era insostenible y las previsiones de futuro, terribles. El viático de las parroquias, la última comunión dada a un moribundo, se administraba continuamente, sin descanso, por todos lados. Los médicos que seguían en su puesto no daban abasto, y faltaban auxiliares y asistentes para trasladar los cadáveres. El paseo del cementerio era un ir y venir de carros fúnebres; los sepultureros, sin apenas tiempo para nada más, abocaban los cadáveres en la fosa común y no procedieron a ningún control administrativo.

El día 29, la Junta de Sanidad prohibió las reuniones en cafés e iglesias. Pero ante la falta de colaboración del clero, tuvieron que colocarse centinelas que impidieran el acceso al interior de los recintos. Por falta de recursos económicos y de medios, el traslado de los pobres fuera de la ciudad no se realizó hasta el 11 de octubre. Finalmente, aquellos desgraciados fueron instalados en cabañas improvisadas en la montaña de Montjuïc, y algunos murieron de hambre y de sed.

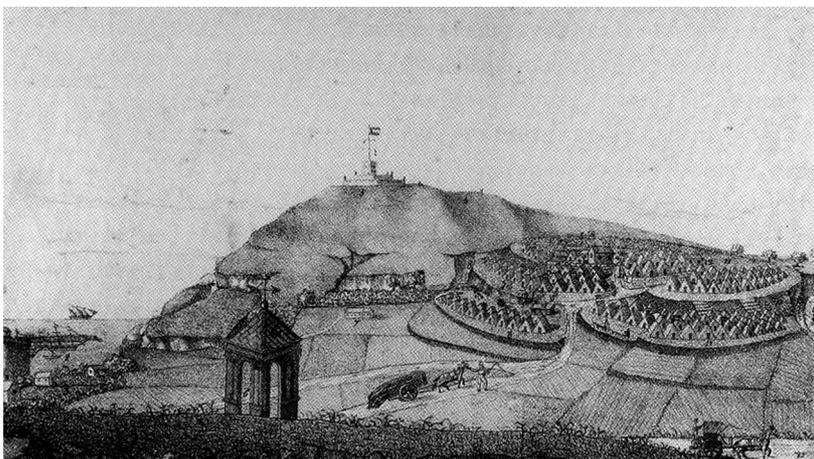


Imagen nº 3. Montaña de Montjuïc. Campamento Sanitario de la Constitución.

Mientras sucedía la epidemia de Barcelona, un barco llevó el contagio hasta Marsella, donde las medidas sanitarias más estrictas evitaron el principio de la epidemia, pero el Gobierno francés se alarmó¹⁰. La frontera española fue cerrada y guardada por la tropa, y este cordón sanitario asegurado por 1.500 hombres, se extendió desde Hendaya, al oeste, hasta Cerbère al este. Además, el Ministerio del Interior francés eligió cinco médicos, entre todos los que se presentaron voluntarios, para formar una Comisión Médica que se encargara de estudiar la epidemia de Barcelona. Estaba compuesta por los doctores Victor Bally¹¹, André François, Étienne Pariset¹², Jean-André Rochoux, y André Mazet.

La Comisión entró en Barcelona el día 8 de octubre: *“teníamos el deber de no tener ninguna opinión preconcebida sobre el carácter de la fiebre amarilla que assolaba esta ciudad. Entramos sin tomar ninguna clase de prevención y los primeros trabajos fueron buscar si a las circunstancias locales que atañían únicamente a la ciudad, con la atmósfera, podían ser tomadas como causas productoras de la enfermedad. Se nos dijo que el puerto de Barcelona era muy malsano y se lo tomaba como el origen de la infección. Pero nosotros pudimos asegurar que esta opinión era falsa, pues el puerto permanece siempre claro y limpio”*.

Es curioso, en este sentido, la información ofrecida por el alcalde de la Barceloneta, que no entendía *“esta infección quimérica”*, cuando explicaba que más de 300 pescadores de este barrio, en cuanto tuvieron conocimiento de la epidemia, se fueron a vivir a la misma línea de mar, sobre la arena del puerto, sin querer tener ningún tipo de contacto con la Barceloneta más que para adquirir los víveres indispensables. Y el lugar escogido era precisamente *“el corazón de la infección pretendida, es decir, el lugar donde confluyen el mar y las aguas residuales y las inmundicias de la ciudad”*. Sin embargo, sólo se produjeron cinco casos y todos sanaron¹³.

Lo que estaba claro para esta Comisión era que la causa de la horrible fiebre amarilla no residía ni *“en los vicios de la localidad, ni en los vicios de las constituciones personales, ni en la mala calidad del régimen. En una palabra, esta causa no sería interior o indígena, ni se formaría espontáneamente en España. Ella es, pues, extranjera al suelo; es exterior, exótica y por tanto, importada”*.

¹⁰ El 7 de septiembre, procedente de Málaga, donde se producía una epidemia de fiebre amarilla, llegó a Marsella el bergantín danés *Nicolino*. A bordo se habían producido algunos casos de la enfermedad y murió uno de los marineros, por lo que la nave fue mandada a pasar cuarentena en la isla de Pomègues, frente a Marsella. En aquel momento había cuarenta y un barcos, procedentes de diversas partes del mundo, que también pasaban la cuarentena, y nueve de ellos resultaron infectados. En total, desde el 7 de septiembre hasta el 10 de octubre, se produjeron 27 casos y 13 muertes.

La creencia general fue que *“la fiebre amarilla fue portata por el viento”*, pero es de suponer que fueron los mosquitos infectados del *Nicolino* los que pasaron al resto de barcos y transmitieron la enfermedad.

¹¹ El doctor Bally tenía conocimientos extensos sobre la fiebre amarilla, y era el autor de la obra *Du thyphus d'Amérique ou fièvre jaune*, publicada en París en 1814.

¹² El doctor Pariset, miembro del Consejo General de Prisiones, también tenía conocimientos previos sobre la fiebre amarilla, pues en el año 1819, y acompañado por el joven Dr. Mazet, fue enviado a Cádiz para estudiar la naturaleza de la epidemia que tenía lugar en aquella ciudad y tratar de encontrar un tratamiento efectivo.

¹³ Cabe recordar que el mosquito *Aedes aegypti* no se reproduce, a diferencia de los *Anopheles*, en aguas con vegetación y también estancadas, sino que necesita aguas limpias, con bajo contenido orgánico y sales disueltas. Esto sugeriría la idea que aquella zona del puerto de la Barceloneta no habría contado con la presencia del mosquito transmisor de la fiebre amarilla.

Habitualmente, las epidemias de fiebre amarilla que se dieron en Europa sólo duraron unos días o semanas, pues cuando moría el mosquito, cuando finalizaba su ciclo biológico, se acababa la transmisión y por tanto la enfermedad. Para que la epidemia se reprodujera sería necesario nuevamente la presencia de mosquitos portadores del virus, aquellos que viajaban en los barcos procedentes de las zonas endémicas y provocaban la enfermedad en la tripulación.

Los mosquitos infectados llegaban a los puertos europeos y picaban y contagiaban a tantas personas como podían. En Barcelona, igual que sucedió en otros casos, y vista la extensión y duración de la epidemia, es de suponer que el mosquito *Aedes aegypti*, inicialmente libre de virus, debería estar arraigado en la ciudad y reproducirse con normalidad, durante todo el año, como otra especie cualquiera de mosquito. Pero en aquel momento llegaron en barco *A. aegypti* infectados, y con toda probabilidad algún paciente enfermo, de manera que estos mosquitos transmitieron la enfermedad a ciudadanos sanos. Entonces, la gente que contrajo la fiebre amarilla se dispersó por la ciudad y fue picada, a su vez, por otros *A. aegypti* que vivían allí libres de virus, los cuales se infectaron a su vez y jugaron el papel de perfectos transmisores.

Cuando los miembros de la Comisión francesa entraron en la ciudad ya se había producido el éxodo de la mitad de la población, por lo que encontraron *“las calles desiertas y silenciosas. Este silencio siniestro no era interrumpido, durante la noche, más que por los pasos de los médicos que corrían a casa de sus pacientes, y el golpeteo de los martillos clavando los ataúdes, o por el sonido de la campana que precedía el santo viático, por los rezos que murmuraban los sacerdotes y el ruido de tambores que, a intervalos cortos, los anunciaba a los fieles”*.

El Dr. Rochoux quedó muy impresionado y atemorizado por todo lo que vio, y seis días después regresó a Francia. El Dr. Mazet, aquejado de la enfermedad, murió el día 22. Los otros tres, a los cuales debía añadirse el Dr. Mathieu-François-Maxence Audouard, delegado por el Ministerio de la Guerra que llegó a Barcelona el 23 de octubre, continuaron sus trabajos hasta el 20 de noviembre, siendo secundados por dos monjas del convento parisino de Saint-Camille, las Hermanas Joséphe Morelle y Anne Merlin.

Para esta Comisión, la determinación de la enfermedad no era cosa sencilla, pues los síntomas que evidenciaban la fiebre amarilla no se mostraban siempre, ni con la misma intensidad, produciéndose *“combinaciones que hacían variar prodigiosamente las apariencias: tanto se producían lentamente y se complicaban paulatinamente, como aparecían de forma tan brusca y violenta que la muerte llegaba antes que se desarrollaran por completo todos los síntomas característicos; o tan ligeros que la enfermedad no era más que una simple indisposición. Y resultaba, pues, que podíamos exponernos a la visita de seis, ocho o diez enfermos sin reconocer en ellos la naturaleza del mal ni prevenir la gravedad. Y de esta particularidad nace el error de algunos médicos, que dejándose guiar por las primeras apreciaciones, y después de un examen demasiado superficial y demasiado corto, osaron pronunciar que la enfermedad no era nada en ella misma y que no difería del tifo ordinario”*.

Tras la llegada de la Comisión, los periódicos franceses ofrecieron a sus lectores las últimas noticias de Barcelona: anunciaban los movimientos de los regimientos militares que eran movilizados para reforzar el cordón sanitario y publicaban las numerosas cartas que enviaban los médicos franceses y las Hermanas de Saint-Camille. Fueron abiertas suscripciones para estas religiosas, para los franceses retenidos en Barcelona y también para elevar un monumento a la memoria del malogrado doctor Mazet.

Cada semana, los editores de París y provincias anunciaban la publicación de obras sobre la fiebre amarilla: memorias de viajeros que habían sido testimonios del desastre, obras de vulgarización sobre sus orígenes y sus efectos, o panfletos que indicaban la manera de preservarse. A la curiosidad del público se libraron tanto los tratados médicos más rigurosos como las elucubraciones y fantasías más peregrinas.

Un suceso particularmente luctuoso tuvo una gran repercusión mediática y todos los periódicos publicaron los detalles. El caso, que recordaba a otros ya reportados a lo largo de la historia, sobre todo debidos a la peste, fue extraído de una pretendida carta que el Dr. Pariset había mandado a su esposa: a principios de octubre, la Junta Municipal anunció que en la calle Montcada había una casa cerrada de donde salía un hedor espantoso y en la cual se escuchaban de vez en cuando los lloros de un niño. Se abrió la casa y encontraron un hombre desfigurado por la fiebre amarilla, muerto desde hacía cuatro o cinco días. Cerca suyo, una mujer agonizante tenía sobre su pecho un bebé atormentado por el hambre, que gritaba y succionaba con desespero el seno materno.

La *Académie* francesa eligió la epidemia de fiebre amarilla de Barcelona como tema del concurso de poesía de 1822. Muchos poetas se inspiraron en este incidente a la hora de escribir sus composiciones. Uno de ellos fue Victor Hugo, que evocaba el desespero de una madre, lo cual aparecía en la tercera parte de su obra *Le Dévouement*¹⁴:

La mère embrasse en paix l'enfant qui lui sourit,	La madre abraza en paz al niño que le ríe,
Sans s'informer des lieux où le sein d'une mère	Sin saber que el seno de una madre
Est mortel au fils qu'il nourrit.	Es mortal para el hijo que alimenta.

Otro poeta, Bernard Jullien, escribió un poema con el mismo tema, que fue mandado al concurso de la Academia y gozó de gran aceptación y fue muy celebrado:

Spectacle douloureux! Image déchirante!	¡Espectáculo doloroso! ¡Imagen desgarradora!
Dévoré par la faim, sur sa mère expirante,	Devorado por el hambre, sobre su madre agonizante,
Un enfant se débat contre son triste sort :	Un niño se debate contra su triste suerte:
Pressant une mamelle, hélas! déjà tarie,	Estrujando una mama, ¡Ay! ya seca,
Ce jeune infortuné demande en vain la vie.	Este joven desafortunado pide en vano la vida.

Aparte de poemas, también se publicaron novelas en las que se exaltaban el valor y entrega de los médicos y las monjas franceses. Los autores describían con detalles morbosos los síntomas de la enfermedad y se recreaban en las escenas de la muerte. Algunas de estas obras fueron *Dernières lettres de deux amants de Barcelone* (1821), de Henri Latouche y François L'Héritier; *La Soeur de Saint-Camille ou la Peste de Barcelone* (1822), de Joseph François Girard de Propiac; o *Les Soeurs de Saint-Camille ou Lettres de Julie à Sophie* (1823), de Joseph-Marie Blanc-Saint-Bonnet.

¹⁴ En la sesión del 6 de diciembre de 1821, la Academia Francesa eligió por tema del concurso de poesía de 1822 *Le dévouement des médecins français et des soeurs de Saint-Camille, à l'occasion de la fièvre jaune de Barcelone* (El sacrificio de los médicos franceses y de las hermanas de Saint-Camille, con ocasión de la fiebre amarilla de Barcelona). Satisfecho por esta elección, el rey Louis XVIII puso a disposición de la Academia la suma de 15.000 francos para acuñar una medalla de oro destinada al ganador. Se mandaron ciento treinta y una poesías y en la sesión del 25 de agosto de 1822, Edouard Alletz recibió el premio. Fueron escritos muchos otros poemas sobre esta epidemia, que no fueron mandados a la Academia, como la oda de Victor Hugo, titulada al principio *Le Dévouement dans la peste*, más tarde *Barcelone*, y definitivamente *Le Dévouement*

También hubo quien consideró que la epidemia se debía a un castigo del cielo, aunque es difícil imaginarse qué terrible crimen pudieron realizar los barceloneses para atraerse tanta cólera divina. Para los monárquicos a ultranza franceses, la explicación era sencilla: España era culpable del crimen del liberalismo. La insurrección liberal de Riego en 1820, y la Constitución de Cádiz de 1812 impuesta al rey Fernando VII, eran una afrenta a la monarquía de derecho divino. Recordaban de forma grotesca la Revolución francesa y merecían del cielo un castigo severo. Y Barcelona era la ciudad elegida, pues fue el refugio de los liberales que huían de la represión y también de los franceses que conspiraban contra la Restauración.

En un artículo aparecido en el periódico *La Quotidienne* se decía que *“la sedición parece que vaya a llamar todos los males sobre la Península, y a medida que la revolución avanza, todos los males se acercan para servirle de cortejo, y cada atentado que intenta contra la religión y la realeza comporta su abatimiento. Todas las venganzas han caído sobre Barcelona, y los millares de muertos que la fiebre amarilla ha provocado declaran bien alto la cólera celeste”*.

En Barcelona, los dos partidos políticos, liberales y conservadores, se dedicaron a sembrar el pánico acusándose mutuamente con fines propagandísticos. Los más reaccionarios y gran parte del clero ignorante proclamaban que era Dios quien enviaba la peste a los catalanes por haber dudado del derecho divino de Fernando VII al trono. El Gobernador tuvo que dirigirse al alto clero a través del *Diario de Barcelona* para evitar la discordia, y dos días más tarde el obispo apoyó esta actitud; no obstante, continuaron las protestas, en especial, cuando el alcalde, don Mariano de Cabanes, se vio forzado a ordenar el cierre de las iglesias a fin de evitar que la gente se hacinara en ellas.

Lo cierto es que los religiosos que confesaban a los enfermos también enfermaban y morían. Se contaba que el Padre Pau Ciuro, sacerdote franciscano, *“recogiendo las últimas palabras de una mujer que tenía el vómito negro, respiró el vapor de este vómito y se sintió atacado. Era el 17 de octubre y el 19 murió. El respetable Padre Ferret, del convento de Sant Felip Neri, había recibido los últimos suspiros de dos sobrinos y dos sobrinas; él les siguió después de tres días de una enfermedad muy dulce en apariencia, porque tres horas antes de expirar, se levantó y escribió una larga carta”*.



Imagen nº 4. Sacerdote confesando y aplicando la extremaunción por la calles de Barcelona.

Grabado francés del siglo XIX.

Esta fue la vía por la cual la fiebre amarilla se introdujo en la mayoría de Conventos de la ciudad. Estas comunidades perdieron entre una sexta parte y la mitad de sus religiosos y *“en estas circunstancias dignas de remarcar, casi todos los que murieron habían sido confesores y a menudo, después de una primera visita hecha por la mañana a un enfermo, el religioso se metía por la noche en la cama para morir. En el Convento de los Capuchinos, el primer enfermo no tuvo lugar hasta el 2 de septiembre; en el de los Carmelitas descalzos, el 21; en el de Santa Catalina y en el de los Grandes Carmelitas, solamente el 27 y el 28. Para terminar, añadir que la fiebre amarilla, una vez introducida en un convento, atacaba incluso a los religiosos que no habían salido jamás de él”*.

Abundaban los curanderos y los barceloneses llevaban entre sus ropas saquitos con alcanfor y frascos de vinagre para respirarlo cuando alguien se les acercaba, como se hacía durante las epidemias de peste. Los remedios eran numerosos, pero tenían escasa incidencia. El doctor Audouard reportó un tratamiento empleado en Barcelona por el Padre Joseph Constant, que pareció haber tenido algún éxito, al menos entre los religiosos a su cargo, pues ocho fueron sanados.

El método a seguir era el siguiente: *“desde que se produce la invasión de la enfermedad, el enfermo se pone en la cama; se le da dos onzas de aceite de oliva en una taza de infusión de malvavisco o de violetas muy caliente, en el momento que tenga escalofríos. Una hora después, una segunda dosis, y otra a la tercera hora; en la cuarta, una lavativa de decocción de hojas de malvavisco o de parietaria con adición de aceite, miel, vinagre y sal marina. Es necesario que el enfermo la retenga durante una media hora. Una hora después de la lavativa, deben tomarse seis tazas de infusión de saúco, edulcorado con jarabe de vinagre, en el espacio de media hora, después de lo cual es necesario un reposo de dos horas. Después se le administran seis tazas de infusión. Si en este momento sobreviene un sudor abundante, puede considerarse que el enfermo estará salvado. Se repiten las mismas dosis una vez y otra más, espaciadas en dos horas, después de lo cual se abandona el enfermo a su naturaleza. Al tercer día se le da una onza de crema de tártaro en un litro de agua”*.

La Comisión francesa dejó la capital catalana el 20 de noviembre y pasó una cuarentena en el Monasterio de Santa María de Montalegre, muy cercano a la población de Tiana, curiosamente donde se había refugiado el Dr. Bahí. Después atravesó la frontera y el 12 de diciembre llegó a Bellegarde (Dpto. de Tarn), donde pasó una segunda cuarentena de treinta días. Los miembros de esta Comisión Médica fueron tratados como héroes y sus retratos litografiados se vendían en numerosos puestos callejeros. Guillaume Dupuytren, cirujano jefe del Hôtel-Dieu de París y Catedrático de Cámara del rey Louis XVIII, hizo su elogio en la apertura del curso de la Academia de Medicina. Bally fue hecho Caballero de la Legión de Honor, y después, junto a Pariset¹⁵, Caballero de la Orden de Saint-Michel. Fue acordada una pensión vitalicia de 2.000 francos para los médicos y de 500 francos para las dos Hermanas de Saint-Camille.

¹⁵ Según el Dr. Audouard, sólo el Dr. François cumplió verdaderamente, participando ambos en las autopsias de diversos cadáveres. De Pariset dijo que *“no trató un sólo enfermo durante el tiempo que estuvo en Barcelona”*, dedicándose a la redacción de las notas en las que describía con minuciosidad el desarrollo de la epidemia.

El historiador Vicente Artigas Raventós informaba en el artículo titulado *Las epidemias barcelonesas de fiebre amarilla en el siglo XIX y su influencia en la reforma sanitaria de la ciudad*, que el *Diario de Barcelona* publicó sobre Pariset que *“sólo al contemplar el vómito negro de un enfermo, fue preso de grandes vómitos hasta casi colapsarse a consecuencia del miedo sufrido”*.

Bally, François y Pariset publicaron en 1823, de manera conjunta, la obra *Histoire médicale de la fièvre jaune observée en Espagne et particulièrement en Catalogne, dans l'année 1821*. Audouard recogió sus experiencias en otra obra, *Relation historique et médicale de la fièvre jaune qui a régné à Barcelone en 1821* (París, 1822).

Entre el 16 de agosto y los primeros días de octubre, los estragos de la epidemia fueron terribles. El *Diario de Barcelona* publicaba cada día la lista de muertos, primero a docenas y luego a centenares. A principios de octubre se producían cifras mortales diarias enormes, y sólo se redujo a finales de mes. La puerta de Don Carlos, la Porta Nova, Portal de l'Àngel, Sant Antoni y las cuatro puertas de Barcelona y la Barceloneta, vieron salir entre 450-500 cadáveres en tan sólo veinticuatro horas. El día 7 de octubre murieron, por ejemplo, 382 personas, y un total de 4.633 en veintidós días, entre el 17 de septiembre y el 7 de octubre.

Un ejemplo de la terrible tasa de mortalidad puede deducirse del hecho que entre el 13 de septiembre y el 25 de noviembre, en el Hospital del Seminario fueron tratados 853 hombres y 886 mujeres. De los primeros, murieron 640 (75,03%), y de las segundas, 622 (70,20%). Sobre la mortalidad producida en la Barceloneta, el doctor Bally escribió que “*de las setecientas casas que contiene este barrio, sólo veinte se han liberado de la infección; y de este número, diez son habitadas por hombres que, en otras épocas, tuvieron la fiebre amarilla en Cádiz o en las colonias*”. También añadía que los enfermos y los viejos fueron los que menos sufrieron la enfermedad y curaron más fácilmente. Murieron más hombres que mujeres, “*pero todas aquellas que estaban embarazadas, abortaron y murieron con gran rapidez*”.

Esta mortandad afectó también a médicos, cirujanos, farmacéuticos, estudiantes, civiles y militares. Desde los primeros días de agosto, hasta el fin de noviembre, murieron más de 50 médicos y la Barceloneta perdió a todos los suyos. La Junta de Sanidad, en vista de esta gran precariedad, a la que se añadía el abandono de sus puestos por algunos facultativos, ofreció pagos muy altos, y diarios, para que otros médicos se encargaran del servicio. Dos de ellos, que vivían en el barrio de Gracia, el doctor Barceló padre, y el doctor Barceló hijo, aceptaron las condiciones. Ambos murieron poco después, con una diferencia de dos días: el padre el día 9 de noviembre, y el hijo, el día 11.

A partir de la segunda quincena de noviembre, el número de defunciones y de enfermos empezó a disminuir, y el día 25 fue consignado el último caso y se entonó un *Te Deum* de acción de gracias. A partir de entonces se intensificaron las tareas de saneamiento de las casas afectadas y los enfermos fueron recuperándose. Pero hasta el 18 de diciembre las autoridades no se relajaron en la vigilancia ni retiraron el cordón sanitario que impedía la comunicación entre la ciudad y el resto del mundo. La cuarentena permaneció hasta el día 24 del mismo mes, un día antes de Navidad.

En 1821, Barcelona tenía censadas 150.000 personas. Cuando por fin se aceptó que la “*misteriosa enfermedad*” era la fiebre amarilla, acrecentó la ansiedad de los habitantes y ya se ha comentado que 80.000 de ellos huyeron fuera de la ciudad a mediados de septiembre. Entre el 1 de octubre y el 24 de noviembre murieron 5.400 ciudadanos, pero se desconocen los muertos en agosto y septiembre.

De los 70.000 ciudadanos que quedaron en Barcelona tras la huida en masa de la población, se calcula que fueron afectados por la enfermedad unos 25.000. A pesar que el Ayuntamiento de Barcelona elevó la cifra de defunciones provocada por la fiebre amarilla a 8.846 personas, es más probable que durante todo el periodo epidemial murieran entre 16.000 y 20.000 personas.



Imagen nº 5. Cenotafio erigido en el Cementerio de Poble Nou de Barcelona en homenaje a los médicos, regidores municipales y sacerdotes que murieron víctimas de la fiebre amarilla de 1821, “contagiados de la enfermedad mientras atendían las necesidades de la ciudad en crisis y realizaban servicios de asistencia a los enfermos” (Fotografía del autor).

Otras poblaciones afectadas

La epidemia de fiebre amarilla no se redujo a la ciudad de Barcelona, sino que se extendió a otras poblaciones más o menos cercanas y provocó mortandades de distinta importancia, las más graves en Palma de Mallorca y Tortosa.

En los límites de Barcelona, entonces poblaciones lindantes y actualmente barrios de la ciudad, se produjeron algunos brotes que no revistieron gran importancia. Es de suponer que el mosquito *A. aegypti* no estaba demasiado implantado en ellos y por lo tanto los pacientes llegaron enfermos tras infectarse en otros lugares.

En Sant Gervasi se produjo el caso de un refugiado que llegó infectado de Barcelona. Parece ser que se produjeron algunos más, pero no se tienen noticias de sus consecuencias. En Sarriá, otro barrio situado al norte de la ciudad, un médico bajó de compras con su novia el día 7 de septiembre, pues al día siguiente se casaban. Tras celebrarse la boda, la esposa enfermó de fiebre amarilla y murió el día 13. El marido también cayó enfermo, el día 11, y murió el 20 de septiembre. En Sarriá se produjeron en total 18 casos mortales y todos ellos eran personas que habían estado en Barcelona.

En Sants, un comerciante fue a la ciudad por un tema de negocios. Estuvo allí unas pocas horas, pero al regresar a casa se sintió enfermo y murió a los pocos días. Su mujer también contrajo la enfermedad y falleció. Más tarde se supo que había acompañado al marido en aquel desplazamiento a Barcelona. Ninguno de los cinco hijos del matrimonio contrajo la enfermedad.

Un hombre que trabajaba en Barcelona y vivía en Badalona, a 10 kilómetros del centro de la capital catalana, contrajo la enfermedad y fue llevado a su casa, donde murió al día siguiente. Las autoridades enterraron su cuerpo fuera de la ciudad y amenazaron con disparar a cualquier persona procedente de las zonas infectadas que intentara entrar en el núcleo urbano y no se produjeron más casos.

Un carpintero de Canet de Mar, población situada a 45 km. al norte de Barcelona, fue a buscar empleo en esta ciudad y fue contratado para realizar algunos trabajos a bordo del barco *Talla Pedra*. El 5 de septiembre regresó enfermo a su domicilio y falleció cinco días más tarde, y su madre también enfermó y murió el día 15 del mismo mes. Las autoridades cerraron herméticamente la casa y no se permitió la entrada a nadie hasta que llegara el tiempo frío. No se produjeron más casos en la población.

En Malgrat de Mar, 56 km. al norte de Barcelona, también se produjeron casos de fiebre amarilla. Siempre se trató de personas procedentes de Barcelona y la epidemia no afectó a la población.

En Olot, 135 km. al norte de Barcelona, se produjo un caso de fiebre amarilla en una mujer, fabricante de colchones, que realizaba frecuentes viajes a esta ciudad con motivo de sus negocios. El 26 de octubre, después de regresar a su casa, se sintió enferma y murió pocos días más tarde. Su hijo la estuvo cuidando pero no contrajo la enfermedad; la casa fue puesta en cuarentena y no se produjo ningún otro caso en Olot.

En Sitges, 38 km. al sur de Barcelona, se produjo un caso fiebre amarilla en una mujer que había ido de compras a Barcelona. Una vez en casa desarrolló la enfermedad y murió el día 5 de agosto. Las personas que vivían con ella fueron puestas rápidamente en cuarentena, pero no se dio ningún caso más.

El 28 de julio, el barco *Nuestra Señora de Begoña* llegó a Salou (Tarragona) procedente de Barcelona. A pesar del gran riesgo que se corría, la tripulación bajó a tierra sin que se tomara ninguna medida sanitaria. El capitán de la pequeña embarcación enfermó durante la noche y murió al día siguiente, y la nave fue puesta inmediatamente en cuarentena. Otro marinero cayó enfermo el mismo día que el capitán y murió el 2 de agosto, pero ya no se produjeron más casos.

Palma de Mallorca

El 6 de agosto de 1821, un barco procedente de Barcelona se dirigió a Palma, capital de la isla de Mallorca. Entre los pasajeros se encontraba un negociante que vivía allí y llegó enfermo. Su mujer y su hija lo atendieron y se repuso de la enfermedad. Sin embargo, la chica fue infectada y murió al quinto día, y las mujeres que preparaban su cuerpo para enterrarlo, también enfermaron y murieron.

La mujer del negociante también contrajo la enfermedad; fue llevada a una casa en la calle San Pedro y se repuso igual que su marido. Durante su convalecencia, aquel negociante fue visitado por cuatro amigos, dos hombres y dos mujeres, que enfermaron y murieron, contagiando a otros muchos vecinos.

A diez de septiembre, el brote estaba confinado en dos barrios de la ciudad, Puig de Sant Pere y Boleria, pero los casos se fueron extendiendo rápidamente. Cuando las autoridades anunciaron que se incomunicaría toda la zona, muchas familias abandonaron los barrios afectados y fueron a refugiarse en casas de amigos, con lo cual la epidemia quedó sin control.

El pánico invadió la ciudad y según refería George Augustin, “*los padres abandonaron a sus familias, las madres a sus bebés y un indescriptible terror se apoderó de la gente*”. El 15 de septiembre, las máximas autoridades civiles y militares abandonaron Palma y se refugiaron en la población de Valldemosa, a 19 kilómetros de distancia. Todos los ciudadanos que pudieron también huyeron, y de una población inicial de 36.000 habitantes, sólo quedaron 12.000. En total se produjeron 7.400 casos y murieron 5.341 personas, el 72,18%.

En esta misma época, en el puerto de Mahón, capital de Menorca, permanecían en cuarentena cuarenta y tres barcos, desde el 13 de agosto hasta el 24 de octubre. En estos barcos se produjeron un total de 196 casos de fiebre amarilla, de los que murieron 122 personas. La cuarentena funcionó a la perfección y la ciudad quedó indemne.

Tortosa y Ascó

En Tortosa (Tarragona), ciudad a orillas del río Ebro, muy cercana a su desembocadura, tuvo lugar una epidemia de fiebre amarilla muy severa. El primer caso se produjo en un comerciante de jabones llamado Curto, que a primeros de agosto regresó de Barcelona. El día 6 enfermó y murió cinco días más tarde.

El segundo caso fue el de un marinero llamado Puig, que iba en el barco *Ventura*, proveniente de Sant Feliu de Guíxols, al norte de Barcelona. La nave se había detenido durante quince días en el río Ebro, donde debía cargar agua y transportarla de nuevo a su lugar de origen. El marinero contrajo la enfermedad en Tortosa el día 11 de agosto y parece ser que no tuvo ningún contacto con Curto.

Cuando se inició la etapa final de la enfermedad, el vómito negro, el infortunado marinero fue obligado a levantarse de su cama a las ocho de la tarde, y vestirse él sólo. Entonces se le ató una cuerda al cuello, pues los emisarios de la autoridad sanitaria tenían miedo de tocarlo, y fue arrastrado por cuatro soldados armados hasta el lazareto de la ciudad, en una marcha que duró tres horas. El marinero fue abandonado allí a su suerte, sin nadie que lo atendiera, sin cama para descansar ni agua para aliviar su sed. El marinero murió el día 15.

El tercer caso sucedió a un marinero que había llegado con Curto de Barcelona y que murió poco después de contraer la enfermedad. A partir de este momento, los casos se sucedieron en diversas partes de la ciudad, y es una evidencia que el mosquito *A. aegypti* sí debía estar implantado en Tortosa, pues sólo en el día 29 de agosto ya se dieron 30 casos de la enfermedad, muriendo todos ellos al cabo de pocos días.

El pánico y el terror se apoderaron de la ciudad, y de los 15.000 habitantes censados, 10.000 huyeron con la mayor rapidez. La epidemia no remitió hasta mediados de octubre, muriendo en total 2.356 personas.

Ascó, una pequeña población a orillas del río Ebro, a 63 kilómetros de Tortosa, fue infectada de una manera muy peculiar. Un tortosino había ido a Ascó para visitar a unos amigos y allí fue informado que su mujer había enfermado repentinamente. Impaciente por volver a casa, pidió un caballo prestado para hacer el recorrido con la mayor rapidez, con la promesa de devolverlo al día siguiente. Sin embargo, cuando llegó a Tortosa contrajo la fiebre amarilla que infectaba la ciudad y murió al cabo de pocos días.

El dueño del caballo, extrañado porque su amigo no le devolvía el animal, mandó un sirviente para que lo recogiera. Éste supo de la muerte del amigo de su Señor y pidió permiso para recoger el caballo y llevarlo a Ascó. Una vez de vuelta, desarrolló la enfermedad y quedó contagiada su familia. Afortunadamente, se produjeron pocos casos y no se tiene constancia de una gran mortandad.

Todos los habitantes que pudieron huyeron de Ascó, donde se estableció una severa cuarentena para impedir la entrada de personas provenientes de zonas afectadas por fiebre amarilla. Poco después, apareció un segundo foco al enfermar cuatro ladrones que habían entrado a robar en una casa infectada y abandonada, muriendo todos ellos poco después. Sin embargo, las medidas tomadas por las autoridades fueron suficientes para evitar la epidemia y no se produjeron más casos mortales.

El 28 de agosto, un barco proveniente de Tortosa llegó a la población de Mequinenza, ya en Aragón, a través del río Ebro, llevando a un pasajero enfermo. Fue llevado a su casa y murió el 30 del mismo mes. Más tarde se contagió su mujer y sus hijos, muriendo siete de las nueve personas que vivían en la casa. La enfermedad se extendió por la ciudad y causó una gran mortalidad, 218 personas de un total de 1.100 habitantes, la quinta parte de la población.

En Nonaspe, población muy cercana a Mequinenza, también se dieron algunos casos de fiebre amarilla, tratándose siempre de refugiados que huían de zonas infectadas, pero la enfermedad no arraigó en la población.